

universo rqueo

Cualquier cosa, menos quietos

Número 109 - Agosto de 2019 - Distribución gratuita www.universocentro.com



Mucho orgullo y poca monta

Hace cuatro años el 58% de los ciudadanos con cédula en Medellín no encontraron un candidato a la alcaldía por el que valiera la pena poner un voto en las más de 4000 mesas instaladas. Más del 51% no votaron y algo más de 6% decidieron marcar en blanco. Entre los candidatos había un exalcalde, exconcejales con una larga historia política en la ciudad y un exprecandidato presidencial con patrocinio de su jefe. Eran cinco aspirantes que tenían un relativo reconocimiento público, una trayectoria electoral y habían hablado de la ciudad con diferentes acentos y variados aciertos. Este año tendremos un tarjetón con quince fotos, dos mujeres y trece hombres, una extensa lista de optimistas. Anónimos algunos, conocidas al paso otras, aparecidos varios, funcionarios de ocasión los más. Un reciente sondeo de opinión muestra que al menos el 56% de los encuestados no conocen a catorce de los quince inscritos para las elecciones del 27 de octubre. Hay once candidatos a los que por lo menos el 75% de los interrogados dice no “distinguir”.

Es claro que la ausencia de un liderazgo convincente, de unos candidatos con ideas y correría, de opciones con una mínima definición ideológica crea dispersión y apuestas al oportunismo. Si el asunto será una ruleta de maquinarias, dedazos de última hora, palos publicitarios o apoyos millonarios... ¿Por qué no poner unas cuantas fichas, buscar un golpe de suerte? La política personalista que se ha ejercido en las últimas décadas en Medellín y Antioquia ha dejado unos cuantos jefes de combate y una tropa silenciosa e incógnita que solo espera ser ungida. Los ciudadanos se sienten hoy como los hinchas que han dejado de seguir su equipo durante tres años y al volver al estadio se preguntan, ¿Quiénes putas son estos?

Entre los candidatos tenemos un antiguo vendedor de pilas, un expersonero que solo podría pelear una silla en el Concejo, un exviceministro que no conocen ni en Bogotá ni en Medellín, funcionarios y funcionarias que solo marcan en las escaleras de La Alpujarra, una pastora sin redil, un quemado de oficio y otros tantos recolectores de firmas. Hoy tenemos un presidente cuya gran virtud fue ser el señalado por un expresidente para las divisiones menores de su partido, haber logrado una curul en el senado en una lista cerrada, sin tener un solo voto propio, y hablar un inglés digno de un burócrata internacional con trece años de oficina en Washington. Aunque parezca increíble las encuestas de hoy nos hablan de una posible elección siguiendo esa ruta. Nuestra elección local tienen un triste *hashtag*: #eldefulanodetal. Medellín no tiene si quiera alguien de la farándula, el deporte, los medios o el sector privado en la brega por la alcaldía. La segunda ciudad del país muestra un desalentador desdén por lo público, un doloroso retrato de la anemia política y la apatía oficial. Mucho oficinista y poco candidato. Con ese panorama será mucho más fácil comprar votos, el precio será

mucho menor. Al fin de cuentas, si no conozco a nadie en el tarjetón al menos le saco un peso al deber ciudadano, al deber en la tienda, en la factura, en el gota a gota.

Al mirar algunos de los planes de gobierno se encuentran proyectos y disparates que hacen pensar en tareas escolares, en lluvias de ideas en casas de campaña, en populismo para desprevenidos y redundancias para desubicados. Van unos pocos botones de la muestra. Un candidato propone reconstruir el Teatro Junín, al parecer vio unas fotos viejas y se le prendió el *flash*. Todavía no aclara si tumbará el Coltejer para que el teatro ocupe su puesto original. Otro promete meterle treinta mil sillas más al Atanasio, mejor dicho, tirarle la plancha por si de pronto vienen el Real o el Manchester City. Ver mucho la Champions puede ser perjudicial para el mínimo sentido común. Ese mismo quiere hacer parques lineales y ciclorrutas en las quebradas de los barrios altos. Propone alianzas público privadas para comprar las casas que se levantan en las orillas. Seguro va cobrar el uso del malacate para subir las ciclas. Es el mismo que propone un programa de bicicletas públicas y gratuitas en la ciudad. Seguro cree que el programa EnCicla es en Bucaramanga. Un exfuncionario de esta administración, oficinista incógnito en su momento, secretario agazapado como el que más, ahora habla de transparencia y dar la cara a la comunidad. Hasta ahora parece más una valla ambulante que otra cosa. Una de sus propuestas es un cable al Cerro Nutibara, el mismo que su exjefe está remodelando como un espacio para el ejercicio físico. Se merece la alcaldía del Pueblito Paisa. También hay un genio que propone erradicar las PM 2.5, las partículas más pequeñas y más dañinas por la contaminación del aire. No especifica si lo quiere hacer vía decreto o por amenaza de comparendo policial. Y no se puede dejar por fuera eso de llevar el zoológico al Cerro El Volador, para que el león cuide a los cometeros de un posible atraco. El antiguo vendedor de pilas se compromete a cambiar la idea del vehículo particular como símbolo de estatus por ideas como la educación, la gastronomía, la recreación. Algo así como cambiar el carro por el *food truck*.

Esas son apenas algunas de las ideas, seleccionadas a ojo por ciudadanos curiosos, tuiteros laboriosos y activistas ociosos. Mucho de sueños frívolos e inútiles en una ciudad con su empresa de servicios públicos en problemas que casi rebosan la presa, con el peor aire del país, con el récord nacional de inequidad, con tres años de homicidios al alza, con miles de profesores que ganan lo mismo que el vigilante del colegio, con más de ochenta mil jóvenes que ni estudian ni trabajan, con diez de las veintiuna estructuras armadas ilegales más grandes del país en el Valle de Aburrá, con el setenta por ciento de su territorio con buena aplicación de la vacuna de cada día. Medellín se ve grande para el tamaño de sus candidatos y sus problemas se ven enormes frente a algunas de las propuestas. ☹



DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDICIÓN

– Pascual Gaviria

ASISTENCIA EDITORIAL

– David Eufrazio Guzmán

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora Meléndez

– Andrés Delgado

– María Isabel Naranjo

– Andrea Aldana

– Juan Fernando Ramírez

– Simón Murillo

ASISTENCIA EJECUTIVA

– Sandra Barrientos

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

CORRECCIÓN DE TEXTOS

– Gloria Estrada

DISTRIBUCIÓN

– La Pájara, Gustavo y Didier

Es una publicación mensual de la Corporación Universo Centro

Número 109 - Agosto 2019

18.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM



universocentro

LUNATIC PARK

por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

Ilustración: Fragmentaria

Cuenta una leyenda romana que el emperador Calígula, cuando toda la tierra a la vista está sometida a su yugo, le grita a sus sirvientes: ¡Quiero la luna, tráiganme la luna! Este gesto, el de un orate en el poder, se volvió una empresa cuerda y patriótica, en manos del jefe de estado casi imberbe, pelirrojo y papista: el demócrata John F. Kennedy, quien en su juego de tronos con el oso soviético, ordenó a los sabios que debían poner al menos un pie en las arenas lunares.

En menos tiempo del previsto, el terrícola marcó la luna con su bota número 39 y medio, pequeña para el tallaje gringo, pero grande para el resto de la humanidad. Ese primer hombre llevó varios recuerdos de su planeta: una hoja de olivo como la de Noé, pero fundida en oro, una bandera y un aviso: “Venimos en son de paz”. Los tres pioneros, Armstrong, Collins y Aldrin, tuvieron sus quince minutos de gloria, sobre todo el primero, que contó con mejor suerte por llevar un apellido de jazzista. Menos la tuvo Collins, quien nunca pisó el suelo lunar, pues le tocó montar guardia en el módulo mientras sus compañeros daban una vuelta por ahí. Sabemos que regresaron y que los rescataron en el mar de Hawái. Desde entonces ser astronauta desplazó por años el sueño escolar de ser bombero.

Pero en 1972, durante la misión Apolo 17, ir a la luna ya no despertaba tanta curiosidad. Pocos recuerdan el nombre de los últimos que alunizaron. Ningún poema épico celebra las proezas de unos héroes que lucharon contra la poca gravedad y el bajo presupuesto de la Nasa. Después de que rusos y gringos pulsaron en la Guerra Fría, sabemos que la luna perdía interés político.

Además de los sátiras, a los escritores la luna ya los hechizaba desde los tiempos de Luciano de Samosata, que imaginó un viaje en un barco volador; luego un obispo inglés, Francis Godwin, ideó una máquina impulsada por gansos, antes que Voltaire y que Jonathan Swift. En cuanto a la cantidad de poemas a la luna, si estos se pegaran uno con otro, la cinta podría ir y volver a ese astro por lo menos dos veces. Tanto así que Cyrano de Bergerac aseguró, después de regresar de sus viajes, que la moneda circulante en la luna era el soneto. Y debió circular mucho como para que Gómez de la Serna exclamara, ante tal inflación lírica, que “la luna es un banco de metáforas arruinado”. Wilde también haría lo suyo con su trino: “La luna es la luna, y basta”.

Medio siglo después del alunizaje, nuestro pálido satélite todavía alucina tanto a los poetas como a los hombres de negocios. A juzgar por la marea de inversiones, parece que en noches de plenilunio los magnates se transforman en hombres lobo. Jezz Bezos, el dueño de Amazon, por ejemplo, está empeñado en crear una colonia turística lunar, desde su firma Blue Origin. En la puja también anda Virgin Galactic, que hace rato diseña viajes turísticos, junto con

Elon Musk o Space X, la primera que puso en órbita el automóvil Tesla.

Son empresarios aterrizados, al lado de otros licántropos, como Denis Hope, quien anunció hace algún tiempo que Lunar Embassy es la única agencia inmobiliaria que vende lotes en la luna. Declara haberlo hecho desde hace treinta años y recibir más de diez pedidos diarios en su oficina de Gardnerville, Nevada. En sus registros, casi 1600 millones de metros cuadrados ya tienen dueño. Se ampara en el artículo II del Tratado sobre el espacio ultraterrestre, donde se declara que el cosmos no es propiedad de ninguna nación.

Hasta ahora nadie le ha objetado sus peticiones desde la ONU, ni le han respondido ninguna de sus cartas, pero a juzgar por los títulos de propiedad que envía por correo a sus clientes, se creería que este lunateniente habla en serio, como Calígula. Tan en serio como el anuncio de que el proyecto Artemisa llevará la primera mujer a la luna, en el 2024, y que sería la persona número quince en pisarla. La promesa puede cumplirse en menos tiempo, después de saberse que en el polo sur del satélite hay agua y otros minerales para abastecer taxis espaciales a Marte, toda una flota ensamblada en una fábrica lunar.

En el fondo de los volcanes extintos y hacia los polos del astro existen, en teoría, trescientos millones de toneladas de hielo, mezcladas con regolito, uno de los minerales más comunes en ese suelo. Pero, ¿cómo se procesaría esa cantidad de material para extraer el uno por ciento que es agua? Se necesitarían cuadrillas de prisioneros que trabajaran, a cambio de rebaja de pena, en turnos constantes durante veinticuatro horas. Así la luna tendría, como pensó Hugh Thomas,

si no la cárcel de más alta seguridad, una de las más productivas del Sistema Penal Solar.

Las agencias que comercializan la luna como un destino turístico y de propiedad raíz no tardarán en elegir asesores como George Luckas o Steven Spielberg, para que diseñen un parque temático. En ese paisaje de cutis adolescente, el paseante hará una visita guiada por miles de cráteres. El *tour* completo en Moon Rover podría incluir recogida de rocas, lluvia de meteoritos (el casco es gratis), marcación de huella junto a la de Neill, cóctel Yuri Gagarin; sesión de aeróbicos con el clon de John Glenn, y su lema: “la edad no es asunto de gravedad”.

El lunes, día de la luna, se visitarán centros comerciales como el Galileo Plaza y el Julio Verne Shopping. En el cráter Laika habrá perros calientes. Se rifarán tarjetas de oxígeno prepago y boletas para el concierto de la banda Los Terrícolas.

Mientras en el cráter Meliés se podrá ver la película *Cuarto Menguante*, en el cráter Queens la colonia colombiana ofrecerá una serenata con Selenita Vargas.

No falta mucho para que el payaso de las hamburguesas pise la luna. Ese sí que será un gran paso. Luego vendrán los empresarios de conciertos a turbar el silencio; los industriales a agotar el silicio, el titanio y el selenio. Nuestro solitario satélite se poblará de mercaderes y burócratas. Hasta una licencia poética se tendrá que tramitar en la Cara Oscura, donde los chinos ya templaron carpa. Y los que tengan visa de residentes nos enviarán correos como el de X-504:

“Vecinos míos: el hijo de la Tierra en la Luna se marea,

la Luna se tambalea, se bambolea, se menea.

Yo no puedo sentirme como en mi casa en esta Luna.

Si no mandáis por mí, me arrojaré de cabeza”. ☹



Los ángeles del barro

por EFRÉN GIRALDO

Fotografías por el autor

Pensar en la posibilidad de un desastre no es nada nuevo para quien viaja por las ciudades monumento. Es algo que asalta en medio de la multitud que se agolpa para ver alguna obra o en la fila de ingreso a una catedral o museo. Y también, cuando se camina por una calle característica, como ocurre con el paseo de Las Ramblas en Barcelona, donde un joven arrolló con un camión a quince personas el 17 de agosto de 2017. La historia de la destrucción de bienes patrimoniales tiene ahora un capítulo insuficientemente analizado: el que se da con las multitudes de devotos como blanco de los atentados perpetrados por conductores desalmados. Las formas de matar ante el monumento varían.

Al llegar a la Galleria degli Uffizi, y luego de dar un pequeño rodeo por las márgenes del Arno, que caminamos mientras comemos un *gelato*, vemos un aviso con cara de manifiesto. Una placa le indica al turista que sube por la Via dei Georgofili que el arte y el bien siempre triunfarán sobre el mal. Una prédica que parece tener un objetivo histórico específico: recordar que allí, en ese punto, muy cerca de la multitud que hace fila, ocurrió un atentado terrorista el 27 de mayo de 1993, cuando un carrobomba mató a cinco personas, entre ellas dos niñas. Con el mensaje que recuerda los esfuerzos de la ciudad por reponerse, se impone la idea de un pueblo que logra salvar su legado.

De un vendedor de suvenires, al que le preguntamos por la placa, escuchamos la expresión “los ángeles del barro”, que no alcanzamos a conectar con la historia del atentado. Yo le atribuyo la incomprensión de tal expresión a mi defectuoso italiano y me acuerdo de los consejos de mi profesor en la universidad: hablar lento y no distraerse en las respuestas. Mi compañera se entretiene haciendo fotos de cosas pintorescas. Por ejemplo, un grafiti sobre un contador de energía en el que se ha reproducido uno de los retratos femeninos de Leonardo con una máscara de buceo. Arriba del contador, por el tubo que lleva la corriente (este es el detalle curioso), hay una copa abandonada, pero reluciente. “Aquí hasta los mendigos toman vino en copas de cristal”, dice de pronto un argentino con quien, sin saberlo, coincidimos en el asombro por aquella pieza fuera de lugar.

Alguien dirá que las catástrofes inducidas por seres humanos difieren de las que produce la naturaleza, más allá de que esa distinción quede un poco anulada si tenemos en cuenta que el calentamiento global, el nuevo monoteísmo del pensamiento progresista, hace pensar en las nefastas influencias de la humanidad sobre las fuerzas naturales. Los vientos, el fuego, el agua aparecen,

así como agentes más lógicos, y por ello más implacables, de la venganza contra los excesos y atrevimientos del ser humano, que es capaz de hacer sus más esforzadas creaciones al lado del abismo. Con Notre Dame abundaron las explicaciones técnicas, junto con una que otra evocación agorera, según la cual la catedral parisina quedó desprotegida cuando se bajaron las gárgolas para restauración.

Parece que Florencia ha tenido una relación apacible con los elementos, cumpliendo así las palabras del mismo Vasari, quien atribuyó el esplendor de las artes surgidas en esta comarca a la benevolencia del clima, a su luz incomparable y al azul del cielo. *Las vidas*, el libro por el que recordamos a Vasari, es generoso en descripciones de este tipo y pinta un lugar perfecto para la vida, la contemplación y la creación. Todos en algún momento hemos soñado con tener un tiempo de paz y creación en la Toscana. Para la gente de la cultura (movida por estereotipos, más de lo que se cree) Florencia es el *locus amoenus* por excelencia. No es difícil entenderlo en primavera, cuando el cielo sin una nube enmarca de manera perfecta el río, verdo por estas épocas, y el campanario, junto el amplio cuerpo listado de Santa María del Fiore, que se puede disfrutar siempre con una luna nítida arriba de la cúpula por los meses de abril y mayo.

En el hotel, y después de definir que en la mañana siguiente iremos a Santa María Novella, la otra catedral importante de la ciudad, empezamos a leer. Una cosa es vagar, y otra, hacerlo sin saber que lo que podríamos encontrarnos tiene una larga historia. Vuelve a aparecer entonces la imagen de los ángeles del barro. Unos textos y un video de YouTube insisten en ese nombre evocador y misterioso. Nos enteramos de que, en uno de los edificios adjuntos a la catedral, el Claustro Verde, han abierto hace poco una exposición dedicada a exhibir una espectacular restauración concluida hace poco: la de unos frescos de Paolo Uccello que habían quedado seriamente dañados en el año 1966, luego de una inundación, quizás la más grave sufrida por la ciudad.

Es en Florencia precisamente donde se dio una catástrofe que, como en Notre Dame, reunió la fatalidad y la pereza, el descuido humano y la implacable decisión de los dioses de cebarse con la creación de los artistas. Las crónicas cuentan que la noche del 4 de noviembre de 1966, mientras los florentinos dormían y se preparaban para celebrar el triunfo en la Primera Guerra Mundial, una conmemoración entre las muchas que tienen, el cielo tan benévolo, que había educado y protegido las pupilas de Giotto y de Leonardo, y de Brunelleschi y de Ghiberti, se vino sobre la ciudad



y la cubrió de pantano. Todo por acción del río que se salió de su cauce y destruyó centenares de documentos y obras de arte, incluidos los frescos dedicados por Uccello a los principales episodios del *Génesis*, entre ellos, irónicamente, el Diluvio Universal.

Bien pensado, las huellas de esta inundación están por toda la ciudad, y no lo habíamos notado. Por ejemplo, una placa sobre la Via Isola delle Stinche señala el punto máximo que habían alcanzado las aguas. Las marcas más interesantes del desastre se hallan en la catedral de Santa María Novella, aquejada por su ubicación, un poco por debajo de otros monumentos célebres de la ciudad. Es verdad que uno llega a la catedral y ve que está un poco abajo, como pudo constatar de mala manera una turista alemana que tropezó poco antes de nuestro ingreso y a la que le dijeron que estaba prohibido fijar sobre los mármoles patrimoniales advertencias de seguridad. En el Claustro también hay una cota dibujada con toda ceremonia, la cual indica hasta dónde subieron los lodos que se salieron de las márgenes y bajaron por la escalinata que viene del altar.

La vía de acceso no augura estragos, ni nada parecido. Como en toda ciudad compuesta de edificios antiguos, la vejez de la piedra y el impacto de la lluvia, los soles y la nieve ocultan bien la incidencia mayor de los elementos, si es que estos decidieron comportarse sin misericordia. La Piazza de Santa María Novella es un lugar en el que se reúnen pocos turistas, los cuales tienden en su insoportable selectividad a preferir la Piazza del Duomo. Así que mientras

esperamos a que abran coincidimos con un grupo más bien heterogéneo de lugareños, jubilados, lustrabotas, vendedores de marihuana, junto con unos pocos forasteros que, como nosotros, eligieron moverse aleatoriamente y sentarse en este lugar a conversar y fumar.

Basta llegar a la iglesia, y sobre todo bajar al Claustro, que cumplió alguna vez funciones de convento y de casa cural, para adivinar el impacto de una tragedia sin precedentes para el arte, más conmovedora que el incendio de Notre Dame si se quiere, pues las víctimas artísticas fueron cosas frágiles entre las frágiles, libros y pinturas. El balance que se encuentra en varios sitios web dedicados al tema es tremendo: entre tres y cuatro millones de documentos y libros y catorce mil obras de arte se perdieron por la inundación.

El Claustro Verde es un sitio extraño. Es estar abajo, en las frías bóvedas hechas por Da Campi y Talenti, pero a la vez recibir el sol que, en primavera, justo en el momento en el que llegamos, baja a través de los jardines rodeados de frescos. Es cómico imaginar a los religiosos asoleándose luego de padecer el frío tortuoso de los oficios religiosos y las clausuras. El sol araña nuestros rostros, enfiados de repente por los muros ateridos y nos saca de las bóvedas. Las pinturas que están en los muros, hechas entre 1425 y 1430, y casi todas bien conservadas a pesar de la inundación, narran historias de la *Biblia* y vidas de los santos. Es el arte menor que se destina al desván, debajo de los frescos maravillosos de Ghirlandaio y el Cristo de Giotto, quizás el mayor orgullo de la ciudad.

La exposición que vinimos a ver tiene un nombre hartito extraño: *a sugo d'erbe e terra verde* (algo así como *con jugo de hierbas y tierra verde*), y que al parecer obedece a las técnicas allí experimentadas por Uccello, una de ellas conocida como “tierra verde”. A primera vista, las pinturas no parecen haberse recuperado del todo, pero una vez vistas de cerca advertimos que el particular estilo de Uccello, aquello que lo hizo el favorito de los simbolistas y el referente del arte moderno (por encima de Rafael, Leonardo o Miguel Ángel), reluce en los trozos de pavimento salvados del pantano. Son imágenes que muestran distintas escenas: una de ellas muy elocuente, donde aparece la culposa embriaguez que llevó a las hijas de Noé a incurrir en el incesto. En otros lados, están la expulsión del paraíso y la travesía del desierto, junto con otros ciclos narrativos de la arcaica fe judeocristiana. Son historias terribles, en las que no caben ni la compasión ni la misericordia y que Uccello plasmó con su osado desprecio por las convenciones.

Es evidente que fue un proyecto ambicioso, el cual debió abstraer más, si es que esto era posible, al ya retraído Uccello, a quien Vasari, y después Schwob, se esmeran en caracterizar en sus textos como alguien perdido para la vida y ganado para el arte. Vasari, por ejemplo, hace un gran esfuerzo en mostrarlo como un artista sumido en una enfermiza contemplación de lo real. Su pobre mujer, nos dice, sucumbió ante un marido que nunca fue capaz de cumplir con las más mínimas obligaciones, especulación que daría lugar a la larga leyenda del artista incapaz para la vida familiar.

No es extraño que a Uccello sus contemporáneos lo encontraran extraño. Ni es una rareza ver en las imágenes del “pájaro” (eso traduce Uccello) la rareza de las rarezas, entre el arte de los “primitivos florentinos”, como llamaron los ingleses a los primeros maestros de la Toscana. Como hoy en día “raro” y “extraño” son adjetivos que han perdido cualquier significado, hay que imaginar que las composiciones tumultuosas y bruscas de Uccello causaron estupor. Nada de suave e idealista se encuentra en ellas. Lo más sorprendente es quizás el colorido, que dista de ser el armónico y normal recomendado por las preceptivas. Queremos a Uccello, como a Leonardo, porque decidió sobre todo experimentar. Al igual que *La última cena* de Leonardo, muchas obras de Uccello amenazan con desaparecer a causa de los riesgos tomados por el artista.

Los violentos escorzos y el extraño cromatismo de cuadros como *La batalla de San Romano*, una de cuyas versiones está precisamente en los Uffizi, se hacen patentes en los frescos del Claustro Verde. Las piezas museográficas indican que equipos incansables de expertos trabajaron para retirar el pantano de los frescos con apoyo financiero de varias corporaciones y asociaciones amigas de Florencia durante casi cuarenta años. Toda esta cooperación para salvar las piezas de un artista que no estaba del todo en sus cabales, y que no fue el más reconocido, resulta conmovedora. Parece que, además de los encopetados mecenas que siempre ayudan a sostener colecciones y monumentos, habría que contar a los vecinos, a los florentinos de a pie, que después de esa noche torrencial de noviembre abandonaron su indolencia y se metieron al fango para salvar lo que quedaba de sus tesoros.

A toda esa gente es a la que los diarios y reportajes de la época llaman los ángeles del barro, personas anónimas que literalmente se hundieron en los limos de su río para mantener con vida miles de documentos y grabados, pinturas y libros iluminados, objetos sacros y telas. Eso nos hace un poco más comprensible el nombre esotérico de la exposición, que parece convocar lo que nutre y lo que diluye, de dónde venimos y adónde vamos.

No es raro que luego de esa experiencia cambie nuestra opinión sobre la inalterable belleza de los monumentos y que sepamos ver en las caras que nos encontramos en el tranvía, en los comercios y en las oficinas de turismo ese heroísmo cotidiano que ya no estamos en capacidad de ver. Cuando salimos de la exposición, regresamos por el altar, caminamos de nuevo hacia la plaza con la sensación de haber emergido de las aguas, y un poco agradecidos con todo el que vemos por la calle. No es raro que a una ciudad la hagan entrañable los estragos que sobre ella ha dejado la fatalidad. Las gentes de un lugar, lo sabemos ya por nuestra propia historia colombiana llena de crueldad y destrucción, siempre tienen un secreto de penurias, disimuladas para no estropear un presente que quieren a toda costa mantener esplendoroso para el visitante.

Un par de días después dejamos la ciudad. Tomamos el tren en la estación principal, no sin antes mirar por última vez el cielo despejado. Es fácil pensar que, siendo Venecia nuestro próximo destino, la inundación pueda marcar también la siguiente etapa en nuestro viaje. Pero, entre tanto, y para consolarnos, nos decimos el viejo refrán de la comarca: *Rosso di sera, bel tempo si spera; rosso di mattina, acqua vicina.* ☺



SONREÍR O SALIR CORRIENDO

por LAURA MEJÍA-POSADA

Ilustración: Matilde Salinas

Siempre creo que camino atenta, cuidándome la espalda, o mejor, mi culo de mujer. Sabiendo quién viene atrás, quién cruza, quién viene de frente. Lista pa correr.

Es mentira. Tantas veces me he visto a mí misma flotando y no caminando, como lo dice mi mamá en uno de esos poemas que escribió cuando tenía mi edad: “Una mano de cielo me cogió y me llevó del centro a mi casa”, que ahora desconfío de mi supuesto andar atento, de mi breve noción de realidad y, sobre todo, de mi falsa sensación de seguridad y fuerza propia.

Eso me pasa especialmente cuando voy por caminos repetidos: del paradero del bus a mi casa, de mi casa a la tienda. Podría llamarlos mis lugares seguros, pues tantas veces he pasado por ahí que creo que la calle me conoce, que ese suelo es mío y yo de él, que el espacio entero sabe que ahí vengo yo, así que por qué habría de atravesarse alguien con malas intenciones y romper la seguridad que se ha ido repitiendo y que ahora creo inherente a ese espacio.

Yo no sé si venía flotando ese día o venía pisando firme y cuidándome el culo. Eso sí, venía mirando, yo siempre hago eso. Miro las basuritas de la calle,

las paredes rajadas por la maleza, los vestidos de las señoras y las flores caídas.

Vi a un hombre que no venía por la acera sino que caminaba hacia mí entre las matas con su mirada loca girando hacia todas las direcciones, como cerciorándose de que no hubiera posibles testigos. Como le vi las manos cerca de su pene creí que había orinando ahí en el matorral y que esa era toda la culpa que cargaba encima, que la infracción completa, la falta que había cometido era solo esa: mear entre las matas. Me dio un poquito de rabia y asco y pensé en esa habilidad que tienen los hombres de orinar donde quieren y cuando quieren, esa manera de regar el camino con su orín y no sentir ninguna vergüenza.

Fui una ilusa al creer que solo eso hacía el hombre. Siempre vuelve y me asombra cómo la realidad —escasa para la mayoría de ciudadanos— que me rodea a mí, empieza a parecerme la única realidad de esta ciudad; y así intente a toda costa reventar la burbuja en la cual vivo —que me engeguce— no puedo, pues esa burbuja es gruesa y elástica y muy difícil de roer. A veces me digo a mí misma cuando voy sola: “Acuérdate que hay gente mala, hay gente mala, Laura, hay gente muy mala, malísima.

Acuérdate que hay cosas que no entiendes, que no alcanzas y que de ninguna manera alcanzarás a entender”.

El hombre tenía el pene afuera y ya me había visto aparecer; desde mucho antes me había visto caminar en su dirección. Se había escondido entre los arbustos para esperarme y cuando yo estuviera cerca salir con su pipí afuera. Tuve miedo, aunque fue un miedo tranquilo, sobre todo, un miedo controlador, sensación que me hizo “comportarme”, seguir caminando. Ahora que lo pienso me asombro. Yo víctima, pero no víctima de él y de su pene y su mirada invasiva: yo víctima de una idea arraigada que me dice que no debo gritar, que no debo despertar a la bestia. Yo víctima de una vergüenza terrible por ser yo a quien ese hombre escogió para mostrarle el pene, de una obligación extraña de tener que protegerlo a él y no delatarlo frente al resto de personas que estaban cerca, de una incertidumbre, de una falta de conocimiento.

El me miraba mientras se pajeaba y sonreía un poco, con sonrisa de loco. Yo llevaba una carpeta en la mano. Me la puse en la cara para no verlo y para que él no me viera. “Discúlpame, pero no quiero ver tu pene”.

Caminé más y me alejé de él, se fue quedando atrás y agradecí inmensamente que no me persiguiera. De repente me entró una rabieta, una pataleta infantil. Me devolví hacia él gritándole: “¡Loco hijueputa, asqueroso de mierda, usted es un puto enfermo!”, y el gesto de satisfacción que llevaba este hombre en su rostro desapareció y se le transformó en uno de odio. Gritó también: “¿Cuáles ome loca, usted es una loca, usted es una loca” y se acercó mucho a mí, imponiéndose, asustándome con su figura más grande que la mía y obligándome a retroceder. Pensé que me iba a violar, que me iba a pegar, así que corrí lo que faltaba para llegar a mi casa: pasé el semáforo, subí la loma y entré sin saludar. Ahí sigue el llanto, la extrañeza, la risa, Laura víctima, Laura fuerte, Laura me vale chimba todo, Laura me siento indefensa, Laura no me pasó nada grave, Laura cómo diablos me debo sentir, Laura malparido hijueputa me asustaste.

Todavía no sé cuál Laura soy, ni entiendo el dolor que queda después de un encuentro como ese. Un amigo me preguntó por qué no me le había reído en la cara y le había dicho que lo tenía muy chiquito. No se me ocurrió. Una amiga me dijo que eso le había pasado tantas veces que ahora solo le daba risa. A mí también me dio risa. Y llanto. Y confusión. Otro amigo me dijo que no entendía por qué eso me asustaba. ¿Un pene asusta? Casi todos mis amigos se sintieron indignados, me dijeron que qué gonorrea que eso pasara.

Varios días después, me acordé de esa historia que mi mamá me ha contado tantas veces. Ella quinceañera caminando por Laureles con una pizza en las manos. En esas pasa un hombre y le muestra el pene. Mi mamá corre y llora, pero no tira la pizza como pasaría en las películas o como pasa en mi cabeza... mi mamá solo corre hacia su casa sosteniendo la pizza.

Yo tampoco tiré la pizza, después la tiré sutilmente e indecisa, pero al verla en el piso la recogí y corrí igual que mi madre. Así sería la analogía. Me parece curiosa esa voccecita interior que me obligó a comportarme y a pasar silenciosa siguiendo su mandato, y me parece curioso ese arrebatito infantil de gritar sin analizar la situación ni prevenir un terrible desenlace. Dos polos opuestos que me halan. Yo creo que las mujeres tendríamos que tener la fuerza para elegir sabia, inteligente y estratégicamente —libres de voccecitas machistas pero asumiendo el peligro que corremos caminando solas, asumiendo la ciudad en la que vivimos— entre tirar la pizza cuando nos atacan, gritar y defendernos, señalar al agresor y confrontar; o pasar silenciosas, “Discúlpame pero no quiero ver tu pene”, evitar enfrentamientos, sonreír si acaso, esquivar o salir corriendo, porque: “Laura, hay gente mala, hay gente muy mala, malísima...”.



¡Cree tú también!

Más de 300 mil personas ya lo hicieron.

Se acercaron, creyeron y se convirtieron en asociadas de Confiar.

Gracias a su compromiso, hoy todas ellas reciben beneficios que mejoran su calidad de vida y la de sus familias.

Asóciate, para que también sientas la diferencia.

La diferencia está en confiar

confiar
coop

¿Cómo sería tu vida sin energía — eléctrica?

Vigilado
Superservicios 07-07-19

epm®

Pedalear la Ruta Libertadora. Buscar el oxígeno y la historia desde los Llanos hasta Boyacá. Juntar dos épicas y dos épocas. Y escribir una bitácora a cuatro manos. Esa fue la idea de la cuadrilla formada por una antropóloga, un fotógrafo y un “viajero de convicción”. El resultado es el libro *Bicientenario, la libertad pendiente*.

Universo Centro publica el cruce del páramo de Pisba que “entraña la duda, la emoción, el miedo”. Allí encontraron las costumbres de la independencia, el

abrigo y el recelo campesino, el suplicio de una Semana Santa sin fuego.

Las líneas que traza el Estado para proteger los Parques Naturales han terminado por cercar a campesinos que viven a seis horas de camino de Sogamoso en el bus único de cada día. La molestia de los lugareños por las decisiones de los funcionarios llegó hasta los pedalistas: las mulas para lograr un paso imposible en las “burras” fueron negadas. Había llegado la hora de sufrir.

Bicientenario

por MARÍA JOHANA CADAVID Y NELSON CÁRDENAS

Fotografías: Nelson Cárdenas



Abril 17. Pueblo Viejo. Un lugar de la subida al Páramo de Pisba.

6 km

Muy temprano en la mañana intentamos la última carta de las mulas: nosotros llamando a Fernando y Pablo, a la gente en Peñas Negras (al otro lado del páramo), a ver si alguien podía prestarnos el servicio. Pero nada, ni siquiera logramos conectar la llamada.

Llamamos a Pablo (pues la noche anterior le habíamos dado uno de los teléfonos que sí tenían señal) y decidimos que, como habíamos acordado, íbamos a intentar subir hasta la punta del páramo; ya no a cruzarlo, pues era evidente que no íbamos a poder hacerlo a pie, empujando la cicla, una jornada que en mula tomaba ocho o diez horas. Si al mediodía no llegábamos a mitad del camino, donde, nos habían dicho, se encontraba una casa vacía, nos devolveríamos.

Con sus pocas provisiones, doña Eistenia nos hizo un caldo de huevo y nos regaló unas arepuelas y una libra de

panela, a sabiendas de que se le iba a desmenuzar el mercado. Pese a que no querían cobrarnos, pagamos, aunque de seguro les habría sido más útil que les hubiéramos llevado mercado, como nos habían sugerido, ya que reemplazar lo consumido implicaba ir hasta Pisba, a seis horas a pie. Nos tomamos una foto de despedida, intercambiamos números de teléfono para lo que se les (y se nos) ofreciera, agradecemos de corazón su buena disposición y salimos a buscar el camino.

Como todavía era trocha de subida, y con cuatro quebradas fuertecitas que había que pasar, llegamos a eso de las 8:00 a. m. a la casa donde Pablo había cambecheado. Su dueño tal vez se había ido a pasar la Semana Santa en Socha y por eso Pablo pudo quedarse en el zaguán. No creemos que haya pasado muy buena noche, pero la noche anterior le habíamos sugerido que se quedara y él no cedió. Con la instrucción que nos habían dado hacía un rato: “No hay pierde, donde encuentren el siguiente broche no lo crucen, solo miran a la derecha y ahí está el camino”, seguimos subiendo.

Y sí: al rato de haber empezado a subir, encontramos el broche y, a la derecha, sin falta, el camino... (*suspiro*), que puedo describir como muy pendiente,

muy angosto, encañonado, de escalones de piedra irregular, mojado o con agua corriendo, muy liso, con pocos descansos, y bañado por una lloviznita, llovizna o lluvia decidida, y por una niebla casi constante de diferentes espesores.

Por el camino encontramos a dos o tres caravanas de mulas, ganado y arrieros que bajaban o subían. A todos les preguntamos sobre las distancias y la posibilidad de que nos echaran una mano con las ciclas, pero nada. Estábamos lejos, muy lejos, y no, no nos podían llevar nada, sus animales iban cargados y no había manera. Un señor le preguntó a María Johana: “¿Pero ustedes por qué están por acá con esas ciclas?”, y ella, con la sinceridad que da el cansancio, solo atinó a contestarle: “¡Por maricas!”. Nos reímos todos porque era un poco cierto.

Sin duda, el camino era mucho más difícil de lo que cualquiera de nosotros hubiera imaginado; tanto, que incluso pensar en devolverse sonaba a tarea imposible. Quizá por eso caminamos más del medio día presupuestado, con la esperanza de que ya pronto terminaríamos de subir la cordillera y empezaría el descenso. Pero eso no pasó... Subimos sin parar: cada uno cargaba su bicicleta

unos diez pasos, máximo veinte, y descargábamos para tomar aire por tres segundos y retomar.

Cuando ya eran casi las tres de la tarde, nos encontramos unos muchachos que bajaban con vacas y nos mostraron el estado de los cascos de sus animales —sangrando— como prueba de lo difícil del camino y de la necesidad de una vía decente. Dieron señales de querer ayudar. “Es que están todavía muy lejos, ¡qué problema! ¿Cómo hacemos?”, se decían poniendo en ese “nosotros” la sensación de que se hacían parte del equipo: “Busque arriba, al lado de un portal, que hay una casa, y ahí los recogemos mañana”. Erre.

Tomamos sus números de teléfono y sus nombres: Javier y Freddy Cárdenas. La coincidencia con mi apellido me dio alguna esperanza de que esta fuera la solución que esperábamos. Buscamos el portal y la casa pero nunca la vimos. Tal vez la niebla nos impidió verla, tal vez el cansancio. Al final nos detuvimos en un lugar medianamente plano con un broche, y aunque buscamos bien adentro en una y otra dirección, solo hallamos terreno pantanoso, una quebrada y una cascada. Miramos el odómetro y era descorazonador: no habíamos recorrido ni seis kilómetros, tras más de siete horas empujando. La montaña nos estaba pidiendo respeto y humildad... Nos lo dijo una mujer que iba en su mula, cruzando el páramo: “Con el páramo no se juega”.

Estábamos en problemas, y de nuevo recurrimos a la fórmula: uno a la vez. Primero, el cambuche, que armamos en un recoveco entre árboles, en una zanja amplia y relativamente plana. Con los impermeables, hicimos techo y piso; con las bolsas que envolvían las maletas, las paredes, sujetadas con las tiras de amarre de la carga; con la ayuda del cuchillo enraizado en machete que nos había regalado Osbert Lancaster en Arauca, cortamos algunas ramas para



camuflar el cambuche; y con musgo (que vuelve a crecer, todos tranquilos), hicimos un colchón mojado para suavizar la dureza del piso. En la foto que nos hicimos parecíamos secuestrados en la manigua.

La comida era el otro problema, pues por el mal cálculo solo habíamos llevado alimentos para un día, y eran casi tentempiés. Ahora la cuenta iba en dos o tres días para cruzar. Y teníamos apenas una lata de atún, unas sardinas, unas golosinas, lo que quedaba de la panela y las arepuelas que nos había dado doña Eistenia.

Pusimos la radio de onda corta, que solo sintonizaba Radio Martí, y a esperar que no lloviera mientras intentábamos dormir, a las siete de la noche. Pusimos la ropa del día a escurrir, sin esperanza alguna de que se secase. Por fortuna, la de las maletas sí estaba seca, y nos pusimos todo lo que había a ver si nos abrigábamos. Agradecemos desde lejos a las mujeres de Pisba que insistieron en la necesidad de llevar ropa extra. Abrimos una lata de atún y comimos mecato dulce de postre. El agua no era problema.

Intentamos dormir, pero la lluvia llegó cerca de las 10:00 p. m. y el inevitable goteo por los bordes deshizo la cucharita para tres que habíamos dispuesto como esquema (con María Johana en el centro), y solo pudimos “dormir” dos acostados y uno sentado, con los pies inevitablemente

mojados y el viento colándose por toda parte. Temblábamos de frío y el temblor solo se calmaba con ponquecitos, síntoma de que nos faltaba alimentación. Eso, sumado al hecho de estar (quizás) apenas a mitad de la subida, era señal de que estábamos, por decir lo menos, en una situación difícil. Cerca de la medianoche, sin que la lluvia parara, sentimos un rugido de agua bajando: la pequeña quebrada que quedaba a unos metros se había crecido. Por fortuna, no se desbordó hasta nosotros. Ni les cuento lo que se nos pasó por la cabeza esa noche.

A pesar de la situación extrema, siempre mantuvimos la calma. Eso fue importante, porque sentir que se cuenta con el otro siempre será una herramienta de supervivencia insuperable; si hubiéramos contado con el apoyo de la comunidad local, por ejemplo, seguro no nos habríamos encontrado en esa situación... Pero, ya en ella, nos teníamos a nosotros y eso era, en ese punto, lo fundamental. Pasamos la noche pensando en escenarios posibles y acciones futuras. Recordábamos con añoranza las cobijas de lana de la casa de don Jesús y doña Eistenia, mientras soñábamos entredormidos con nuestros propios miedos y deseos.

El páramo del Perro, como se llamaba antes de que Santander se refiriera a él como “de Pisba”, nos había mordido.



Abril 18. Pueblo Viejo, Pisba. 25 km

Finalmente amaneció, y antes de desmontar el campamento llamamos a Javier y a Freddy, los muchachos que se habían ofrecido a subírnos. La esperanza se transformó en desazón: tal y como había sucedido con los demás intentos, ellos tampoco podían prestarnos el servicio. Colgamos. Esto ponía las cosas bastante difíciles. La comida restante era una lata de atún, algunos dulces tipo Gansito y un cuarto de panela. Nada más. A todas luces, eso no alcanzaría para tres personas en ese estado y, peor, sin saber cuánto quedaba de camino.

La sensación de fracaso, que acicateaba el ego, se enfrentaba al sentido común, que indicaba que el riesgo de hipotermia era muy alto en esa situación, sin casi nada para comer, en medio de un gran esfuerzo físico, con lluvia y bajas temperaturas.

Parecía que el páramo nos estuviera repasando lo que cuentan las crónicas sobre el paso de las tropas: tras la primera jornada de ascenso y la deserción en masa de dos escuadrones de la retaguardia, los comandantes tuvieron que reunirse para decidir si seguir o cambiar el lugar de acceso. Bolívar, según cuenta Santander en sus memorias, era partidario de entrar por Cúcuta con Páez para no exponer las tropas al páramo, mientras que Santander insistía en continuar. Otra cosa dice un historiador amigo de Bolívar. Lo cierto es que el paso del páramo quedó plagado de cadáveres de tropas y animales, así como de cajas de fusiles y munición. Los patriotas que lograron pasar llegaron en un estado tan lamentable que muchos tuvieron que ser azotados para entrar en calor.

Pablo dijo que seguiría el camino, pues para él era una cosa posible. Nosotros, en cambio, decidimos descender. María Johana, que desde el inicio estuvo en desacuerdo con cruzar el páramo si no era de la mano del campesinado de la zona, no solo se sentía muy agotada sino que sabía que ese agotamiento sería una carga para los demás... Era irresponsable, con todos, continuar. Sabíamos que parte del aprendizaje del viaje era combatir nuestros miedos y limitaciones, pero también que buscar refugio a tiempo y proveer(se) cuidado es fundamental para avanzar. Y yo, consciente de que la comida era muy poca incluso para una sola persona y en condiciones normales, estuve de acuerdo. El orgullo fue llamado a la razón con el argumento de María Johana: “No vinimos solo a hacer una travesía deportiva, sino a ver el estado actual de las cosas en la Ruta Libertadora. Y así están las cosas. Hay un conflicto y estamos en medio de él. Hay que tomar nota del asunto y aceptarlo”.

Volvimos a llamar a los muchachos, y nos dijeron que subirían a ayudar, así fuera sin mulas, que comenzáramos a bajar y que nos veíamos por el camino. Nos despedimos de Pablo sin dejar de insistir, de manera protocolaria (porque sabíamos que no cambiaría su decisión), en que se devolviera con nosotros. Tampoco quiso llevarse uno de los teléfonos con señal, por si algo le ocurría. Carajo pa terco. De encime, los síntomas de gripa que tenía desde hacía un par de días se le habían acentuado.

Desarmado el campamento, listas las ciclas y separado el grupo, comenzamos a bajar para encontrarnos con Javier y Freddy, y Pablo a subir en busca de su penitencia. Recordábamos un par de pasos del día anterior en los que casi nos había tocado subir de panza, y nos imaginábamos cómo iba a ser la bajada.

Tras un par de horas y varias llamadas de Javier y Freddy preguntando “dónde van que no los encontramos”, nos los topamos, hechos sopa helada todos, pero ellos en camisa en medio de ese frío, toteados de la risa. Nos echamos unos tragos de guarapo bendito y empezamos a bajar al ritmo de la mamadera de gallo de los muchachos, que se subieron un par de veces a las ciclas y por poco se van de cabeza. Se perdieron en varias ocasiones, mientras buscaban un atajo, y nos tomaron fotos con la carabina que llevaban “por si salía algún oso, asustarlo”. Al cabo de una hora larguita, llegamos a su casa, donde la felicidad tenía la forma de un café caliente en aguapanela y un fogón de leña que tenía lista la señora de uno de ellos.

Charlamos un buen rato sobre el asunto de las mulas y la subida “tan arrechta”. “La gente está muy brava porque la vida así es muy difícil... Yo porque soy civilizado y sé que ustedes se pueden morir por allá, pero si no...”, decía Freddy. También nos contaron de una niña de arriba que “se murió hará quince días por una apendicitis, pues



no se pudo sacar a tiempo y le hizo peritonitis”. Terquedades que cuestan vidas.

Tres tintos y un caldo después, ya medio amañados y algo más secos, agarramos trocha para Pisba. Pasamos a saludar a don Jesús y a doña Eistenia pero no andaban por ahí, ya que era Jueves Santo y de seguro andaban en misa. Seguimos camino animados, incluso en medio de un aguacero. Nos demoró el hecho de que los frenos que habíamos puesto en Bogotá ya se habían acabado, y tras dos tramacazos de María Johana contra el barranco —y a pesar de habernos reído— tuvimos que optar por descender a pie los pedazos más empinados.

Cuando vimos Pisba, ya casi había oscurecido. Yo iba un poco adelantado para poder decirle a la Mona si debía desmontar o no en las bajadas que iba encontrando. A María Johana ya las piernas no le funcionaban mucho, y le tocó caminar lo que antes, en el trayecto de ida, le había parecido de lo más suave. Así llegamos a Pisba, muy contentos por nosotros pero muy preocupados por Pablo. Y no tendríamos noticia alguna de él hasta el día siguiente, si le iba bien. Al rato su familia se comunicó y les contamos la situación. Ellos también pasarían la noche con el “credo en la boca”.

Como era de esperarse a esa hora de un Jueves Santo, no había comida en ninguna parte. Por fortuna estaba abierto el negocio de doña Dorelly Tabaco, en donde habíamos comido hacía dos días, y ella, sabiendo de nuestra travesía, nos arregló una cena que nos supo a gloria.

La posada de doña Dorelly Pidiache estaba llena porque había llegado la comadre congresista con su comitiva, pero doña Elvia —Pidiache, cómo no— nos acomodó en su casa, en una habitación con un balcón que daba al parque. Había sido ella quien, dos días antes, nos había advertido del frío del páramo y de la necesidad de conseguir mejor abrigo... Es un ángel, por demás muy dulce. “Están en su casa”, nos dijo. Y, como en casa, pudimos lavar la ropa y secarla detrás de la nevera, ordenar la carga, bañarnos —con agua fría, obvio—, repasar varias veces lo que habíamos pasado y fundirnos hasta el otro día.

Durante el repaso incesante de la situación, buscamos fotos y notas en nuestras libretas y nos dimos cuenta de que teníamos muy poco, por no decir nada. Era una muestra del momento que habíamos vivido... Estábamos sobreviviendo, y hasta las fotos y nuestras notas —que eran el motivo principal del viaje— se habían vuelto suntuarias... Lo importante en ese momento era resguardar la vida.

Las evidencias de este viaje casi dantesco estaban ahora en nuestros cuerpos: las piernas no solo estaban inflamadas —por retención de líquidos, por cansancio... no sabíamos—, sino también muy amoratadas; parecían las piernas de un dalmata. Las manos las teníamos entumecidas —quizás de tanto frenar y cargar las bicicletas a bajas temperaturas—, las bicis sin frenos y las zapatillas rotas por el jaleo húmedo del día anterior. Sin transporte a Sogamoso, pues solo hasta el sábado habría buses, el descanso era obligatorio para nosotros. ©

*Este texto hace parte del libro *Bicicentenario: la libertad pendiente*, publicado en 2019.

por DANIEL GUTIÉRREZ ARDILA

Ilustración: Santiago Guevara



Viva la patria y mueran los godos

El 10 de octubre de 1819, el vicepresidente de la Nueva Granada Francisco de Paula Santander ordenó el fusilamiento de los 38 oficiales realistas capturados en el campo de Boyacá. Se trataba de veinticinco españoles y trece americanos: un puertorriqueño, un quiteño y once neogranadinos y venezolanos. A las siete de la mañana del día siguiente comenzó el acto en la plaza mayor de Santa Fe. Grupos de centinelas armados con lanzas custodiaban las bocacalles, que estaban atestadas de gente, así como los campanarios, balcones y tejados de las casas del contorno. Dominaba el ambiente “un sordo rumor, semejante al de un avispero alborotado”. Antes de que se escucharan los primeros disparos, el coronel José María Barreiro vivió a España con el apoyo de los demás prisioneros que esperaban su turno, mientras los espectadores replicaron con gritos más nutridos de “viva la patria” y “mueran los godos”. Durante tres horas,

el piquete encargado de las ejecuciones ultimó a los oficiales en tandas de a cuatro con disparos a quemarropa, cumpliendo con la instrucción de ahorrar la escasa munición disponible, y con bayonetazos cuando las balas erraban el blanco o apenas herían a los condenados. Los primeros en caer fueron los de más alto rango: Barreiro, los coroneles Francisco Jiménez y Antonio Pla, y el teniente coronel de ingenieros Antonio Galluzzo. La crueldad con que se sometía a muerte a los condenados en pequeños grupos y la asistencia nutrida y gozosa de los santafereños al macabro espectáculo llevaron a un español realista sin grado militar que se hallaba en prisión a lanzar amenazas contra el régimen republicano. Denunciado, pereció también en la plaza por órdenes del vicepresidente de la Nueva Granada, junto con los militares capturados en Boyacá.

Siendo un niño de ocho años, Rafael Eliseo Santander, que andando el tiempo se convertiría en un conocido

escritor costumbrista, presenció los fusilamientos con su madre viuda desde las ventanas del cabildo eclesiástico, ubicado en el costado oriental de la plaza, entre la catedral y la capilla del Sagrario. Se les distinguió con ese sitio preferencial por ser ellos hijo y esposa de un oficial fallecido en la campaña del sur en 1814, cuando los revolucionarios neogranadinos frenaron la incursión de los realistas provenientes de Quito. La señora presenció con entusiasmo la masacre e invitó a su hijo a contemplar cómo se vengaba la sangre del padre y de las demás víctimas patriotas. Cuando, asustado por el primer disparo, el niño rompió en llanto, fue reprendido por la madre con una bofetada y una acusación de “mal patriota”.

Al terminar las ejecuciones se permitió la entrada en la plaza a los habitantes de la ciudad “para que el pueblo saciara su odio y deseos de venganza ante aquellos cadáveres destrozados por las balas, que tenían las caras

chamuscadas por los fognazos de la pólvora y los ojos brotados fuera de las órbitas [...]. Contra las paredes de los edificios situados a la espalda de los fusilados se estrellaron masas cerebrales y pedazos de cráneos con el cuero cabelludo de los muertos, que quedaron unos encima de otros sobre una charca de sangre que enrojeció la acequia de aquella localidad”.

El desatino de algunos llegó a tal punto que se pusieron a cantar y a bailar frente a los cadáveres. Los únicos tocados por la compasión fueron los frailes franciscanos, que rezaron por las víctimas y les dieron sepultura en una fosa común.

Consciente de lo polémicas que resultaban las ejecuciones, Santander intentó justificarlas, alegando la amenaza de conspiración que pesaba sobre una ciudad desgarrada; la dificultad de efectuar el canje de prisioneros propuesto previamente por Bolívar, ante la muy probable negativa del virrey Sámano; y la justicia de tomar represalias contra los realistas, que según librandos una guerra de exterminio. Sin embargo, el fantasma de los fusilamientos de octubre de 1819 lo persiguió toda su vida. Muchos años después, sus enemigos políticos recordaron que las víctimas habían sido sacadas por partidas “entre la algazara, al son de la música, que en vez de marcha mesurada no tocaba sino la guabina, el sanjuanito y *Las emigradas*”, coplas burlescas escritas por el doctor José Félix Merizalde a propósito de las mujeres que huyeron de Santa Fe luego de la noticia de Boyacá: “Ya salen las emigradas, / ya salen todas llorando, / detrás de la triste tropa / de su adorado Fernando”. Tan reprochable fue el jolgorio popular que enmarcó las ejecuciones, como escandalosa la manera en que se dio muerte a los realistas: “No se colocaron patibulos, sino que los fusilaban de pie y sin vendar. Los soldados eran inexpertos, y les causaban muchas heridas antes de darles muerte. A muchos de ellos les despedazaban a sablazos en medio de los gemidos y los ayes de los moribundos; de modo que más parecía matanza de perros que ejecución de hombres”.

Al cesar las ejecuciones, presenciadas con “grande complacencia” por Santander, este había montado a caballo escoltado por sus allegados, pasando “casi por sobre los miembros palpitantes de los desventurados prisioneros”, antes de finalizar la jornada con un baile en su casa.

Bolívar censuró en privado los fusilamientos por la mala imagen que podían acarrear a la república en el exterior, pero se resistió a hacerlo en público. José Manuel Restrepo, en ese entonces gobernador político de Antioquia y llamado a convertirse en el primer historiador de la república, consideraría que la medida produjo frutos estimables por cuanto “dio vida y nuevo aliento a los independientes”, decidiendo a muchos que estaban vacilantes: “Vieron que no había otro arbitrio que vencer o morir a manos de los españoles, los que a nadie perdonarían si volvían a ocupar el país. La fuerza que estos sentimientos y persuasión comunicaron a todas las clases del Estado fue muy grande. Unida a la actividad, energía y firmeza del vicepresidente de Cundinamarca y demás funcionarios públicos, salvaron a este hermoso país de otra nueva catástrofe y funesta retrogradación”. ©

*Este texto hace parte del libro *1819*, publicado por la Universidad Externado de Colombia en 2019.

Independencia con sangre entra



por PASCUAL GAVIRIA

Ilustración: Verónica Velásquez

El engaño en Boyacá resultó efectivo. Unas simples candeladas fingieron un viejo campamento en Bonza, simularon un repliegue para los enemigos de la Tercera División realista mientras la tropa libertadora avanzaba hacia Tunja. Esa imprevista marcha nocturna preparó todo para el combate definitivo. El lance del 7 de agosto terminó rayando las cuatro de la tarde, luego de dos horas y media de confusión y tres estruendos producidos por un cañón español a manera de salvas para celebrar la victoria patriota. Murieron al menos cien soldados del rey y muchos de los 1800 infantes al mando de Barreiro, americanos en su mayoría, fueron reclutados por las tropas libertadoras para pelear en Chocó, Antioquia y Popayán. Bolívar marchó a Cúcuta a consolidar la victoria en toda la región y Santander quedó al mando en Bogotá como vicepresidente de Cundinamarca, uno de los tres estados que conformaban la república.

José María Barreiro es el nombre más sonoro entre los 38 oficiales capturados en la Batalla de Boyacá. Pero también estaban un Pla, un Echegaray, un Galluzo, un Figueroa, un Abril, un Molinos... según los enumera Santander, su carcelero en la capital, a la vez que les pone el apellido de “monstruos”.

La hora les llegó dos meses después en la Plaza de Bolívar. Allí fueron fusilados entre temores, oportunismos y vivas a la causa independentista. Fue el bautizo de sangre de la nueva república. Muy pronto Francisco Antonio Zea, burócrata insigne nombrado embajador plenipotenciario de la nueva república ante Europa, repudió la ejecución en una carta a Bolívar donde reprochaba el arrebatado desproporcionado de Santander: “El acto inoportuno de las represalias ejercidas en Bogotá ha producido un trastorno general, haciendo desconfiar del cumplimiento de las promesas y de la ejecución de las leyes filantrópicas y sabios decretos del congreso. El general Morillo, que ya se recelaba de las mismas tropas españolas, se ha prevalido de este desgraciado acontecimiento para reanimar el fuego de la guerra, casi enteramente extinguido”.

Santander respondió con una larguísima carta a Bolívar cuando ya había pasado cerca de un año de la ejecución. Su “informe” invoca tanto la necesidad como la venganza. En unas páginas se lee la justificación racional de un político y militar que debe defender una causa nacional; en otras se oye al soldado que recuerda, algo colérico, las aberraciones de sus enemigos y quiere jugar las mismas cartas cruentas. El epígrafe de Rousseau sirve como resumen de todo lo que se viene: “La conservación del Estado es incompatible con la del conspirador, es necesario que uno de los dos perezca. Y es ahí cuando el derecho de la guerra es matar a los vencidos”.

El hombre de las leyes se definía en esa encrucijada como el hombre de las necesidades. Solo una pequeña parte del ejército vencedor había entrado a Bogotá y eso hacía que para muchos ese “triunfo inmortal” todavía fuera dudoso: “Parecía que sólo la casualidad nos había proporcionado el triunfo con un puñado de hombres desesperados, sin patria y sin asilo; veían a los oficiales y soldados desnudos, maltratados, careciendo hasta de lo más preciso, después de haber sido testigos del lujo y comodidades del ejército enemigo”.

Por su parte, los oficiales capturados eran vigilados por quienes hasta hace unos días habían sido sus súbditos y algunas familias principales los visitaban a escondidas para proporcionarles cuidados e información militar. Santander tenía casaca adornada y casa de gobierno pero según sus palabras era un vencedor tembloroso: “Me encontraba aislado, sin tropas, sin los auxilios de un pueblo, que aunque idólatra de la libertad, estaba entregado a desconfianzas y recelos que no parecían infundados”.

Las horas de disparos y bayonetas en la Plaza de Bolívar fueron lo que hoy se llamaría un golpe de opinión. Era necesario mostrar que la república había vencido, que la huida del virrey Sámano por la ruta de Honda, con “un gran sombrero colorado y una ruana” a manera de bicorneo y capa, era un hecho definitivo: “Mi deber era levantar los espíritus de pueblos humillados por la

opresión de que acababan de salir y sobresaltados con nuevos temores; electrizarlos, inflamarlos, disminuir el número de los que pretendiesen retornarnos a la servidumbre (...) ¡Qué diferencia no se notó generalmente en el pueblo de Cundinamarca después de esta ejecución!”.

Bolívar había declarado la Guerra a Muerte en 1813. Su decreto instaba a matar a todos los españoles en América que no lucharan por la causa de la independencia y justificaba su decisión en una carta al gobernador de Curazao: “Decida vuestra excelencia si es siquiera posible afianzar la libertad de la América mientras respiren tan pertinaces enemigos... O los americanos deben dejarse exterminar pacientemente o deben destruir una raza inicua, que mientras respira trabaja sin cesar por nuestro aniquilamiento”. Santander, que en su momento se opuso a la Guerra a Muerte, citaba la carta y agregaba su prosa que parecía escrita con tinta y bayoneta: “Si ellos en su insensato orgullo nos consideran como a bestias, o como a niños incapaces de formar un pueblo independiente, nosotros pensamos que ellos tampoco son hombres sino tigres encarnizados que es preciso destruir. Ha sido, pues, indispensable hacerles ver que por más que nos nieguen el poder y virtudes para representar en el globo, hemos tenido suficiente de lo uno y de lo otro para hacer frente a sus crímenes, y vengar a la naturaleza y a toda la especie humana de los atentados con que las han envilecido”.

Solo al final de esa extensa carta reaparece el hombre de las leyes, hecho el trabajo sucio, conjurado el peligro con una excepción algo drástica era tiempo de volver a la serenidad de la pluma sobre el pliego de los derechos: “Concluyo, señor excelentísimo, congratulándome con tres millones de colombianos por ver establecidos el orden, la justicia y el respeto a la autoridad suprema. Por mí se ha empezado la averiguación de la conducta de todos los magistrados. Ya está cerrada y clavada la puerta al disimulo y a las condescendencias. ¡Mil veces felices los pueblos de Colombia que no tienen que temer sino a la ley!”.

Patricia Fuenmayor

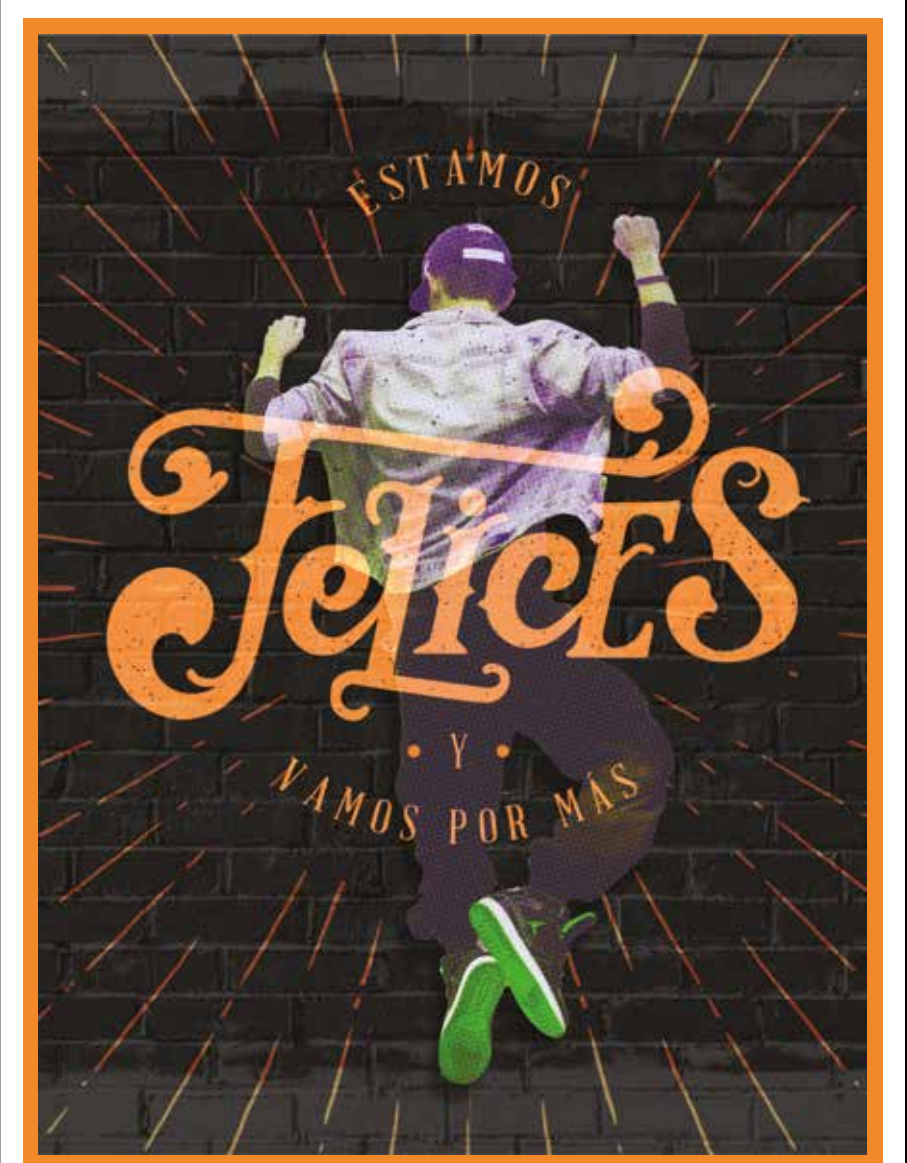
Asesora en seguros
Tel. 3216402928 - 375 7300
patfuenmayor@hotmail.com


LA LEYENDA
PARAFERNALIA PARA FUMADORES
DESDE 1970



Karoty
PARAFERNALIA
PARA FUMADORES

En el Centro comercial
Medellín, contiguo a la
Plaza Minorista
Calle 54 N°57 60 Local 197
Celular: 311 634 21 85


ESTAMOS
Felices
Y
VAMOS POR MAS



WWW.SALALLENA.COM



Piensa
hacia donde
diriges
tu estrategia...


cohele.net

#diseñopaginasweb

#solucionesalamedida

#apps

#marketingdigital


itaca
Somos itinerantes,
llegamos a tu casa.

Gastronomía personalizada,
embutidos artesanales.



(+57) 320 790 89 77

@restaurante.itaca

Carrera 42 # 54-49


CAFÉ-BAR
CASA DE ASTERIÓN



Músicas del mundo, arte, bebidas y cafés
Calle 54 # 42-07 Centro • Tel: 216 8302
Fb: @CasadeAsterion


Boston Bar Café
Cra 42 con Cll 54 • Caracas con Córdoba
Atendido por John Jaramillo, su propietario



Bebidas
y comidas



Criaturas fascinantes

En diversos lugares y momentos históricos, diferentes culturas como la babilonia, la sumeria, la asiria, en la Antigüedad, el Medioevo, el Renacimiento o el Siglo de las Luces, el hombre se ha sentido atraído por las malformaciones genéticas en animales y seres humanos hasta el punto de sentir fascinación y terror por las mismas.

Las mutaciones observadas en los aspectos morfológicos de un ser vivo fueron consideradas como un presagio de mala suerte, sinónimo del demonio o advertencia de una catástrofe por venir. También se han visto de manera contraria, como indicio de buena suerte o inclusive se ha llegado a pensar que estos organismos con deformaciones son la reencarnación de un dios digno de peregrinaje y culto.

Hacia el año 1000 se dio el primer reporte de unos siameses humanos vivos, es decir, tolerados por una comunidad; así mismo, el Medioevo alimentó su animalística con los denominados Bestiarios de Indias donde se

describían una cantidad de animales míticos que castigaban al hombre de diversas maneras como fue el caso de la mantícora y el basilisco, entre otras bestias. De esta forma, animales fantásticos y humanos de formas extrañas nutrieron numerosas narraciones de relatos épicos y mitológicos.

Muchos de estos organismos vivientes, que hacen parte del ensayo-error de la naturaleza en su proceso evolutivo, fueron víctimas del desconocimiento y temor llegando a ser "sacrificados" por no tener la forma humana o animal que consideramos normal, o terminaron en circos de *freaks*, muy populares durante el siglo XIX y principios del siglo XX en Norteamérica, donde "artistas" y animales de muchas partes del mundo fueron exhibidos como maravillas de la naturaleza.

Durante el siglo XIX la humanidad trató de entender la naturaleza por medio de la razón y los sentidos. El siglo enciclopédico irrumpió en la lógica del hombre occidental y lo llevó a conformar museos donde trató de

tener la materialidad de esa enciclopedia encarnada en colecciones y poder comprender el mundo natural que lo rodeaba y en el cual era necesario entender aquellos caprichos de la naturaleza de una forma racional.

Aquella fascinación por los malformados, que mezcla curiosidad, inquietud, morbo y otras sensaciones, ha perdurado a lo largo de los siglos y ha hecho posible la escritura de tratados de teratología y la conformación de colecciones y salas de exposición en diversos museos dedicados a la exhibición de monstruos que nos enfrentan con la contraparte de nuestra misma humanidad.

Al igual que durante la segunda mitad del siglo XIX, hoy en día, lo repulsivo, desconocido y extraño de la naturaleza, se ha vuelto un tema de mucho interés en culturas emergentes que ven en lo feo y grotesco una estética, la belleza de lo horrible. Aun, varios museos de historia natural de la ciudad conservan ejemplares que hicieron parte de esos gabinetes de monstruos y curiosidades.

parque
explora

Show del aire

Algo volará sobre tu cabeza

Experimentos en vivo para todos

Vórtices de vapor, cañones de viento, colores y objetos que viajan en ese océano de gases sin el cual no existiría casi nada: ni el día, ni el sonido, ni la lluvia, ni los relámpagos, ni los pájaros... ni nosotros.

PATROCINADOR **SALA INFANTIL** *Grupo familia*


Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos



Fredy Builes
Erradicando paisaje
Fotografía digital
Yalí, Antioquia
2014

*Soldados de la Séptima División del Ejército Nacional de Colombia escoltan a trabajadores durante una operación para erradicar coca en una plantación en el nordeste de Antioquia.



Fotografía de Edgar Jiménez Mendoza, el Chino. S.f.

ALGO HUELE MAL

Los caminos de la basura (antes de 1980)

Hablar de basura es hablar de otra de esas verdades incómodas. Con excepción de los acumuladores obsesivos nadie quiere tener “residuos” cerca por mucho tiempo. Una vez se cierra la bolsa o se deposita un residuo en un recipiente queremos olvidarnos por completo. La historia de la basura puede describir el comportamiento de las sociedades, algo nos dicen los papiros reciclados de los egipcios y los desechos aeroespaciales.

La basura puede tomar el camino sinuoso, muchas veces circular, del reciclaje. Ahí las cosas son distintas. Existen personas cuya vida gira en torno a los residuos, y no hablamos de las personas que laboran para las empresas de aseo, a ellos también les interesa deshacerse cuanto antes de los desechos, de eso depende su negocio. Hablamos de los recicladores, “pepenadores”, “cartoneros” o “cirujas”, como suelen llamarse en algunos lugares de Argentina por el acto de palpar las bolsas para sopesar su contenido, como si se tratara de una ecografía.

En Colombia se estima que unas sesenta mil familias se dedican actualmente al reciclaje, y a pesar de que la gran mayoría gana menos de cinco dólares al día se calcula que el sector mueve algún dígito del PIB entre dineros fríos, tibios y calientes. En Medellín se empezó a hablar de reciclaje bajo el estigma de basurriegos desde mediados del siglo pasado, como lo recoge el libro *Los doctores de la basura*, de 1985:

“Yo estaba en Caribe más o menos en 1958, en ese tiempo existían 10 o 12 basureros, de ahí trasladaron la basura a un punto que se llamaba American Club, más abajo de Caribe, o sea donde

está la terminal de transporte de hoy en día. Ahí estuvo un tiempo y la tiraban al agua, y luego la trasladaron al otro lado, a los tugurios de El Bosque.

Comenzaron a construir la universidad y quitaron la basura y la pasaron hacia Caribe, porque no sabían qué hacer con la basura. Ahí estuvo hasta que canalizaron el río. Luego comenzaron a llenar unos lagos donde está hoy la montaña, hicieron la montaña y ya no tenían dónde más echar la basura y se la llevaron para la Curva de Rodas”, contaba Armando Olaya.

Antes de que el reciclaje comenzara a configurarse como un oficio y alcanzara el estatus jurídico que hoy le confiere la Corte Constitucional, crecieron nuevas y viejas industrias que empezaron a incorporar materiales “de segunda” en sus procesos.

“Se encontraban las cosas muy fácil, el hueso no se vendía pesado sino un galón de hueso, se lo vendíamos a don Antonio (...) El aluminio sí, lo recogíamos cada 15 días y lo llevábamos al centro con el cobre y el hierro. El cartón lo pagaban a 10 centavos y de ahí lo subieron dizque a 13, y de ahí dizque a 15 y así iba subiendo, compraban el archivo, El Colombiano, entonces lo arrecogían (sic) pedacitos aunque fuera y se hacía la paca, eso lo pagaban muy barato pero era lo que más resultaba.

La gente recogía huesos y frascos, yo también recogía, pero no sabíamos ni dónde vendíamos nada, porque ahí no compraba nadie, entonces nos fueron encaminando, iniciando donde se vendía, nosotros recogíamos y lo llevábamos para la casa y cada dos días íbamos al centro a vender. Lo llevábamos en bus, y me acuerdo que nunca se hacían los

remisos para llevarnos, pero sí comenzaba la gente a decir: ‘¿qué huele a boca de caimán?’ y el chófer: “tranquilos que ahí vamos pa’ delante”, relató Ernestina Herrera para *Los doctores de la basura*.

Luego fueron el plástico, los chécheres, el “chute” y por último el vidrio, que en ese entonces hicieron famosos a personajes como don Octavio, el decano de los compradores de cartón, o a María Elena Restrepo, compradora de materiales con una simiente extendida en todo Moravia. Era la “Úrsula Iguarán del botadero”, según dice Germán Jaramillo Villegas, autor de *Los doctores de la basura*, un libro que se mueve entre el estudio antropológico y la crónica:

“El cielo es negro y se dibujan blancas siluetas de gallinazos escuálidos que juzgan el día concluido. Con su vuelo majestuoso el cerro clausura las despenas, y las luciérnagas alumbran los últimos nudos de la paca. Es la hora de los gallinazos, hora en que la fatiga se reemplaza por el vuelo, el cartón por la cerveza, la cadena o el perfume por el beso o los amores. A semejanza de una sociedad avanzada, allí floreció el incesto. La montaña fue madre, hermana y amante. Como cualquier hombre del común algunas veces le pagó con desprecio, y desde los bares bebió y cantó esa pena”.

De campesinos a basurriegos (1980 - 2000)

Entre los incautos y los incrédulos que en 1982 sumaban cerca de 250 hombres y mujeres en el oficio del reciclaje en Medellín circulaba una sentencia: “Apenas se acabe la basura nos van a echar para la puta mierda”. La

decisión de clausurar la montaña suscitó una reacción inicial de rechazo por parte de sus inquilinos y trabajadores. A pesar del desgarramiento que implicó para los basurriegos desprendirse de la montaña, estuvo por encima el clamor de la ciudadanía para que se interrumpiera ese foco de contaminación. Los intermediarios y las empresas comercializadoras de los excedentes reciclados tampoco compartían esta determinación, argumentando que con el relleno se “enterraría mucho dinero”.

Con el cierre definitivo del botadero de Moravia en 1983, toda aquella “Sociedad de la montaña”, parodiando el título de Rubén Mendoza, se vino abajo. Los que no creyeron en las promesas del incipiente modelo de economía solidaria que ofrecían la Alcaldía de Medellín, Empresas Varias y el Programa Microempresas de Antioquia para crear la que sería la cooperativa Recuperar salieron a las calles a buscar entre las bolsas lo que antes les llegaba al botadero. Para la Medellín mojigata de esos años fue como hablar hoy del *lobby gay*, de una realidad convenientemente inadvertida: ¡los basurriegos habían salido de su nicho! Y a ello se sumó la ola de migraciones que en la segunda mitad del siglo empezó a poblar las laderas de la ciudad, y a salir al ruedo de las calles con un costal al hombro para conseguir algo que vender.

Entonces el reciclaje empezó a ganar terreno, y la decisión de enterrar o no enterrar la basura ahora pasaba por los argumentos de lo social, lo económico y lo ambiental. Se hablaba de una bonanza del reciclaje que la exageración equiparaba a la bonanza marimbera de la época, un lastre que aún persiste cuando se habla de los recicladores como

“grandes empresarios de la basura”, y se ven titulares sobre “El zar de la chatarra”, el cartel del cobre robado, de las tapas de alcantarilla o hasta de las tapitas con las que se apoya a las fundaciones de niños con cáncer.

En medio del auge se llegó a consolidar una gama de aproximadamente cincuenta referencias de materiales reciclables agrupados en los cinco convencionales, señalados en cuanta copla y canción se ha inventado para promover la separación del papel, cartón, plástico, vidrio y metal. Aparecieron otros tan peculiares como las cubetas de huevo, los palos de escoba, las radiografías, el antimonio y las “galletas” (como llaman los recicladores a las tarjetas electrónicas de computadores y celulares), por solo mencionar algunos entre la serie de elementos que se mueven en el submundo del asfalto.

Entre la moda verde y las referencias a modelos europeos o estadounidenses prosperaron debates filosóficos y económicos sobre lo nuevo y lo usado, sobre la riqueza escondida entre los residuos y las bondades de los abonos orgánicos elaborados a partir de desechos; se habló incluso de industrializar el reciclaje en Medellín y de llegar hasta la generación de energías al mejor estilo de los países con mayor historia de reutilización. Sin embargo, el aire macondiano que rodeó a la Úrsula Iguarán de la basura reapareció para marcar nuestra historia con un hecho que resulta risible, por no decir grotesco, y otra vez algo olió mal como quedó señalado en el libro:

“La operación del relleno sanitario ‘Curva de Rodas’ había sido adjudicada en una licitación diseñada con base en un estimativo de toneladas de la basura diaria que producía la ciudad de Medellín y parte de su área metropolitana. Para ello, durante varios meses se pesaron todos los carros recolectores en la báscula de la planta, y solo varios meses después de estar operando plenamente tanto en el relleno como en la planta de compostaje, descubrieron que la báscula estaba mala y que por tanto las estadísticas estaban infladas. ¿Conclusión? En 1985 las EEVVM pagaron aproximadamente 35 millones de pesos al operador por la basura no dispuesta, por desechos que no llegaron a la Curva de

Rodas. ¿La solución? Cerrar la planta, terminar el proceso de aprovechamiento que se estaba realizando allí y simplemente llevar estos desechos al relleno para poder compensar el faltante. Bandas, rodillos y quemadores se oxidaron y terminaron convertidos en un montón de fierros que se arrumaron y fueron vendidos como chatarra”.

Generación R (del 2000 a la fecha)

En un terreno tan incierto y manipulable como el de los servicios públicos, donde el negocio de enterrar las basuras ha sido fuente de grandes y dudosos capitales, vender la idea del reciclaje como la mejor opción, por encima del discurso del manejo técnico de rellenos sanitarios y hasta incineradores, era toda una utopía. Sin embargo sobrevivieron. Organizaciones como la Cooperativa de Recolectores de Antioquia, la cooperativa Recuperar, Co-desarrollo (que años después pasó a llamarse Socya) y ya más recientemente organizaciones como la Cooperativa de Recicladores de Medellín Recimed, promovida por la Alcaldía de Medellín y el Área Metropolitana en el año 2006 como estrategia de agremiación para los más de 1800 recicladores de oficio que en ese año registró el primer censo de recicladores en la ciudad, siguen dando batalla y haciendo recorridos.

Uno de los primeros pasos en esas batallas fue vencer la desconfianza y el recelo que desde siempre han caracterizado al reciclador de vieja guardia. Decía Ernestina en otro aparte de su entrevista: “Íban mucho niñas por ahí preguntando, que cuánto nos ganábamos, que cómo vendíamos, que qué recogíamos... Sí bobos, vayan a decir qué ganan y verán que les quitan la basura; a lo que sepan cuánto vale una cosa de la basura entonces se las quitan y ustedes quedan mamando”.

Después llegaron las batallas grupales, la suma de luchas a contracorriente, basadas en modelo convencional de mercado: oferta y demanda, compra y venta de materiales reciclados; con un ingrediente adicional al coctel que son los intermediarios, las cuotas

de entrega a la industria y la vulnerabilidad permanente al flujo de “platas calientes”. En forma paralela a este fenómeno crecieron también grandes y “respetadas” empresas de algunos afluyentes sin mancha que poco a poco empezaron a acceder a las fuentes de material reciclable que históricamente habían sido para los recicladores; y así, de un día para otro, muchas empresas con gran espíritu de “Responsabilidad Social Empresarial”, empezaron a atender la llamada de un mandamás, ex-mandatario para más señas, que pedía entregar el material reciclable exclusivamente a los camiones de sus hijos, jóvenes emprendedores que a punta de manillas y kilos de cartón han logrado consolidar grandes cadenas de centros comerciales y hatos ganaderos.

Es solo en el 2016, luego de una decena de autos y sentencias de la Corte Constitucional, que se obtiene una conquista histórica en el país y en Latinoamérica: el reconocimiento de los recicladores como sujetos de especial protección. Palabras más, palabras menos, lo que la Corte le ordena al Estado colombiano es implementar un modelo de prestación de servicio público de aseo en el cual los recicladores tengan una protección para acceder al reciclaje, único medio de sustento para ellos y sus familias. Y uno de los laboratorios en los que se avanzó en la aplicación del modelo dictado por la sentencia fue implementado por la Alcaldía Distrital de Bogotá que, por primera vez y con el costo político que todos conocemos, se atrevió a tocar los intereses de grandes empresarios del aseo para generar mejores condiciones de trabajo y de vida a los recicladores.

Esta experiencia, sumada a los requerimientos del nuevo Club de Amigos de la Ocde condujo a que en abril de 2016 se emitiera un decreto reglamentario que cambió la historia de reciclaje en Colombia. El decreto 596 de 2016 establece que por cada tonelada de reciclaje que deje de llegar al relleno sanitario la empresa de aseo reconocerá a las organizaciones de recicladores que han recuperado el material el mismo valor que costaría recoger y enterrar dichos residuos. Así las cosas, en una ciudad como Medellín por cada tonelada

de material reciclable que se dejaba de llevar al relleno sanitario se empezó a reconocer a las organizaciones aproximadamente 150 000 pesos mensuales, que a lo largo de tres años representan más de quince mil millones de pesos.

Pero ya dijo una vez García Márquez que el día que la mierda valga plata los pobres nacerían sin culo. Y hecha la norma, hecha la trampa. Los grandes intermediarios, los mercachifles del reciclaje y hasta las empresas de aseo que siempre menospreciaron esa labor, rápidamente sintieron un profundo deseo de convertirse en recicladores y emular al Capitán Planeta. Empezaron, entonces, a pulular las empresas y organizaciones de “recicladores” que en menos de dos años han recogido cifras muy representativas aprovechando el trabajo largo de los basurriegos. Y aunque algunos grupos de verdaderos trabajadores de la basura se han organizado y muestran avances en el camino de formalización que les propuso la norma, pesan más las sombras e incertidumbres que los aciertos del nuevo esquema.

Es precisamente ese aspecto, el de la “tarifa de aprovechamiento”, lo que está llevando a que un esquema de inclusión de recicladores, que es modelo en América Latina, hoy esté en riesgo porque esa que parecía ser una oportunidad histórica para proteger el oficio de la población de recicladores, para garantizar el “acceso cierto y seguro” a las fuentes de material, hoy se ha convertido en una oportunidad para que muchos aprovechados produzcan unas preocupantes distorsiones de mercado y, en muchos casos, estén desplazando a los recicladores de sus sitios de trabajo. En varias ciudades del país se han desatado verdaderas “guerras de centavo” por la basura, donde empresas de grandes capitales, bodegueros e intermediarios convertidos a recicladores de la noche a la mañana buscan quedarse con el material que natural e históricamente ha sido la fuente de subsistencia de los verdaderos recicladores de oficio.

Con voz temblorosa, de una impotencia que a veces parece rabia, Carlos Miguel, reciclador de oficio y líder de una organización de recicladores, dice que “hay que ser muy miserable para quitarle el pan de la boca a los más miserables”. ☹

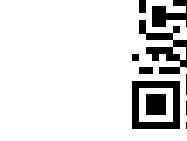


Fotografía de Juan Fernando Ospina. 2018.



UNIVERSIDAD
EAFIT

Centro de estudios
Asia Pacífico



Consulte toda la
programación en
www.eafit.edu.co/semanaasia



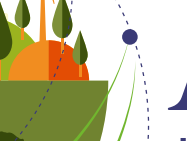
Semana Asia 2019

Una nueva agenda entre
AMÉRICA LATINA y ASIA PACÍFICO:
conectividad y sostenibilidad
20 al 23 de agosto

Investigación | Agronegocios | Sostenibilidad | Economía y Negocios
Urbanismo | Turismo | Internacionalización

INFORMES
asiapacifico@eafit.edu.co
 Teléfono: (4) 2619500, ext. 9840
 Centro de estudios Asia Pacífico
 @ceasiapacifico

Patrocinan:







Apoyan:







Inspira Crea Transforma

Vigilada Mineducación

www.eafit.edu.co

YouTube

En la casa no se había visto algo así

por FELIPE CHICA JIMÉNEZ

Ilustración: Mónica Betancourt

El de camisa a cuadros sirve cinco copas de aguardiente. Beben. Entre todos no se junta un cuarto de cordura. Los viejos brindan casi por inercia y después de aclarar la garganta contraen los labios hacia las encías, donde antes hubo dientes. Son las tres de la tarde, brilla el sol pero el frío se nota en la piel. Ha habido una discusión entre ellos, los cuatro ríen y uno se echa a andar molesto. Todos lo miran lentamente, se ha llevado la botella, la aprieta con su mano derecha mientras fuma con la izquierda. Alberto Cárdenas es su

nombre pero le dicen Tripas. Va caminando mientras el sol le pega de costado. La plaza empedrada de Villa de Leyva y su ebriedad le hacen perder el equilibrio. En los próximos dos minutos sus pasos dejarán la plaza y como quien no quiere la cosa, girará por las calles buscando rodear el pueblo para retornar nuevamente a un costado de la iglesia principal, donde los otros cuatro viejos reírán de nuevo y soltarán un “volvió” burlón y desganado.

Tripas corresponde al tipo de campesino humilde y sin pretensiones que es común encontrar en todo el

país. Carga con el inconfundible acento antioqueño que por estas tierras no es muy común. Pese a que su cuerpo no da para llenar la ropa que lleva puesta, se esmera por conservar la camisa dentro del pantalón, pero la maldita se sale como con vida propia. Los viejos se sirven otro trago de aguardiente.

A los viejos les salen mechones de pelos por los oídos y eso de no escuchar lo ejercen como un derecho conquistado a sangre. Dice uno que la justicia es peor que la guerrilla. Hace un rato Tripas se había echado a andar luego de molestarse, por no ser escuchado, naturalmente. Sus amigos cuentan que era campesino y se ríen. Luego añaden que un grupo de guerrilleros lo visitaba de vez en cuando y se tomaba su leche, fritaba sus plátanos, asaba sus cerdos y malpensaban con su hija, nada más, aclaran. A Tripas le molestó que no escucharan su punto: para él la diferencia entre la guerrilla y la justicia, era que la primera se iba y la segunda se quedaba. Y eso era peor. Que la justicia se quedara.

Según el más cuerdo, Jaime, Tripas vivía en un pueblo antioqueño llamado San Carlos. Un día el cabecilla de la guerrilla le tiró un fajo de billetes sobre la mesa y se fue. ¿Qué como lo sabe? Sencillo, Tripas es de esos viejos que cuentan la misma historia siempre.

¿Pero qué lo entristece? Pregunta. Nadie dice nada. ¿Y por qué le dicen Tripas? Suavizo. Entonces vuelven a la escena: de niño su mamá lo llevó a una misa y en pleno padrenuestro las tripas le rugieron. Era de esas iglesias pequeñas donde se escuchan hasta los pensamientos. Pero lo que lo lleva rabioso no tiene que ver con nosotros, agrega el flaco alto. Entonces cuenta que de la nada dos camionetas de estacas frenaron en seco frente a la finca de nuestro Tripas, unos tipos se bajaron y echaron revista por todo lado. Decían que eran la justicia y hasta ahí le llegó la vida a Tripas. Y a su hija, dice. Su mujer murió ese día, agrega. Luego el silencio se apodera del mundo. Comienzo a imaginar el resto, a falta de testimonios sobrios. Imagino que los hombres atraviesan el cerco de madera y alambre, patean las gallinas, la niña corre hacia la casa, la mujer sale a revisar, Tripas ha de andar en el pueblo con sus bestias. Según los tipos él era guerrillero, dijeron los viejos casi en coro.

Entraron a la cocina a empujones y ahí cayó la mujer. Nada raro sería que las ollas estuvieran regadas en el suelo empantanado por las botas. ¿Quién podría saberlo? La niña escondida en una esquina. Por aquella época y por aquellos lares era común que los grupos paramilitares financiados por el gobierno regional se autodenominaran justicia. Era también normal que la guerrilla sintiera hambre y que el campesinado la alimentara con más pánico que camaradería. Nada de que sorprenderse.

Imagino que al cabo de un rato Tripas encuentra a su hijita hecha espectro. Tal vez dejaron escrito que regresarían al día siguiente, como era común. Me gustaría preguntarle directamente pero el viejo se va yendo. Desde la banca le chiflan para que vuelva pero él no escucha. Un hombre con semejante carga existencial no obedece a chiflidos, pienso. Sus amigos se burlan por su acento. Y es que eso de ser antioqueño a veces pesa.

En 1961 el suizo Alberto Giacometti esculpió en bronce un hombre solitario que caminaba sumido en sus pensamientos. Delgado, simple, normal. Luce como un residuo de humanidad en cuyo paso cabe el mundo. De eso va Tripas. ¿Recordará a su hermano amarrando los caballos? ¿Pensará en el día que no pudo abrir su puño por el calambre que produce la ira? ¿Acaso vendió los animales para huir de San Carlos? ¿Sentirá aun el brazo de su hija aferrado al suyo? ¿O tal vez el olor a pólvora fresca le remueve aún el estómago? ¿Quién podría saber tales cosas? Daría lo que me queda en el bolsillo por escuchar de su propia voz la versión de los hechos, pero se ha enojado y ya no habla más.

Unos minutos antes de verme sembrado frente esta escena me dedicaba a aburrirme en los escalones de una iglesia. Fue ahí que escuché la voz del Tripas la primera vez. Describía cómo vino a parar a Villa de Leyva: eran las diez de la noche y Medellín se asomaba al final del camino. Al día siguiente cogió rumbo a Tunja, un cuñado andaba trabajando en una finca lechera y allá llegó. Es un hombre que habla duro. Estuvo tres meses cuidando vacas hasta que le ofrecieron venir a Villa de Leyva a cuidar propiedades de ricos, ya van veinte años en esas.

En las tardes la plaza de Villa de Leyva se llena de muchachos y cometas, de viejos tomando el sol y de viejas camino a la iglesia. Hay turistas de todo el mundo. El centro de la plaza es la pista común de un remolino de viento que baila con el polvo y los perros. Un grupo de ancianos en sudadera se bajan de un bus turístico, se riegan sobre la plaza a devorar la tarde.

Hijueputas —segunda vez que oigo su voz—, grita de repente Tripas y se le cae el cigarrillo de la boca. Está a unos diez metros. Algo pasó y me lo perdí viendo el remolino. Los ancianos. Los perros. Fuma de esos que valen menos que un pan. Cuando Tripas dejaba San Carlos, el pueblo ya había acumulado más de cinco masacres a campesinos.

Villa de Leyva es un pueblo limpio en el que los labios se secan con demasiada facilidad, sus montañas son áridas. La gente se acerca a la capilla a leer los carteles con los nombres de los difuntos como en cualquier pueblo, luego entran a misa en memoria del fulano, entonces hablan sobre quién era y de qué vivía. Se respeta a los muertos por el simple hecho de estarlo. Dicen los estudiosos que entre el suelo de Villa de Leyva y el cielo había un océano prehistórico. En ese entonces la vida sería más sencilla. Los animales más raros. Cecilia, la dueña de la tienda donde estamos, tranca la puerta del lugar con un fósil de veinte mil años de antigüedad.

Dicen que este es un pueblo hecho para los ricos, y no es cierto, porque también hay vaciados como estos tres ancianos que se comparten los cigarrillos. Siempre se oye lo que se quiere oír y se ve lo que se quiere ver. Si es así, me autoengañé pensando en que visito lugares en busca de historias cuando las llevo adentro. Entonces me descubro persiguiendo con la mirada a un hombre a suerte de no conocerlo en persona.

La tercera vez que escuché su voz era más clara, nadie prestaba atención, solo yo que ando a unos metros. Lo que decía era la paradoja de la suerte. En un pueblo llamado San Carlos donde la suerte de una familia ha sido esta: una yegua camina lento, desde el corredor de la casa un hombre, su esposa y su hija la observan. El animal sigue hasta que mete la nariz entre un arbusto como buscando algo, lo mueve con la trompa y se rasga la piel. La mujer corre para ayudar al animal, algo pasa y su instinto femenino lo sabe. Juntas remueven la maleza, el animal tiene sed de algo, hasta que encuentra una roca húmeda y la lame. “En la casa no se había visto algo así”, recuerda Tripas, pero nadie lo escucha, y sin embargo, sigue su relato: días después andaba buscando como loco dinero para largarse de San Carlos y se acordó del animal lamiendo la roca, entonces se lanzó a palpar su vientre. Una yegua embarazada le salvó el pellejo: la vendió por trescientos mil pesos.

Hijueputas, vuelve a decir. Da media vuelta pues nadie quiere escuchar la misma historia de siempre. Baja el primer escalón y se va como abrumado por la certeza de que su única política es la resignación. El viejito parece crujir al caminar. La mano estirada hacia atrás como si tirara de un yegua invisible. Las últimas columnas de humo le salen de la nariz. Hijueputas, pienso que piensa. ☹



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

EL VIAJE DEL COMEDIANTE

No hace mucho un periodista escribió en *El Colombiano* una nota sobre famosos personajes típicos del país paísa. Al lado de Co-siaca, Marañas, Calzones y otros incluía a Pedro Rinales, haciendo de él una persona de carne y hueso, nativa de estas breñas. Curiosa ósmosis, que nuestra misma historia propicia. La ficción al servicio de la realidad, y viceversa.

Pues el personaje viene, al menos, del siglo XIII, época en la que ya se detecta su mención en relatos orales de la península ibérica; se llamaba entonces Pedro de Urdemalas, en España, y en tierras lusas Pedro Malasartes. Un par de siglos después accede a la palabra escrita, y protagoniza relatos, refranes, poemas y piezas teatrales. Una novela picaresca lleva su nombre; autores como Francisco Delicado, Lope o Quevedo lo utilizan en sus páginas; y presta su imagen a una obra de Miguel de Cervantes: *Comedia famosa de Pedro de Urdemalas*. En ella, el personaje dice en algún momento: “Volarán los hechos míos / hasta los reinos vacíos / ...En las chozas y en las salas, / ...Será mi nombre extendido, / aunque se ponga en olvido / el de Pedro de Urdemalas”.

Palabras doblemente proféticas. Urdemalas emigra a América Latina, sigue siendo Malasartes en Brasil, y pasa a ser Pedro Rinales en los dominios españoles. El porqué de este cambio de nombre es uno de tantos misterios, lingüísticos y sociales, que ofrecen esas transmigraciones.

Nuestra crónica casi termina, y aún no se cuenta que Urdemalas, o Malasartes o Rinales es el clásico pícaro, presente en todas las culturas, aquel que suple con la astucia y el ingenio cualquier forma de violencia física, y esgrime tales armas para burlar a los poderosos. No es el opio del pueblo, es su venganza. Equivale de algún modo al célebre Tío Conejo, y acaso es el mismo. Bienvenido sea.

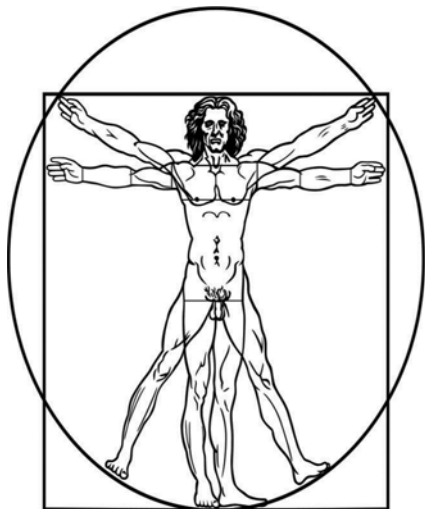
Finalmente, un aspecto curioso. Dice un cronista anónimo: “Del Pedro de Urdemalas del folclore español, el personaje en el mundo latinoamericano heredó su carácter mutable: caballero o peón, cura o mujer, es cualquiera y a cualquiera entiende...”. Esto nos lleva directamente a Manuel Rodríguez, guerrillero chileno en las luchas de la Independencia, maestro del disfraz, dotado además por la imaginación popular con el don de la ubicuidad. Pablo Neruda lo evoca en un poema (“Cueca”) de su *Canto General*:

“Puede ser un obispo, / puede y no puede, / puede ser sólo el viento / sobre la nieve... (...) Pasando por Rancagua, / por San Rosendo, /... por todas partes viene / Manuel Rodríguez...”.

Y hasta aquí llegamos. Quedarían por mencionar las andanzas de Pedro Rinales por tierras antioqueñas. Una vez más, lector, te remito al *Testamento del país*, el admirable libro de Agustín Jaramillo.

CODA

Luis Germán Sierra es, todos lo sabemos, el infatigable editor de *Leer y Releer*, precioso boletín cultural de la U. de A. Luis Germán suele sacarse de la manga auténticos tesoros, a veces tan desconocidos aquí como la austriaca Ingeborg Bachmann, cuyos textos y poemas nos asombran. Sierra supo de ella gracias a Selnich Vivas Hurtado, escritor, docente y traductor. Parábienes a los dos. ☺



VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vagudelo@hotmail.com



El Colombiano. 12 de mayo de 1985. Archivo Universidad de Antioquia.

por JUAN FERNANDO RAMÍREZ ARANGO

En 1985 aparecería uno de los letreros más icónicos de la Medellín ochentera, del que solo queda una foto que adornaría la portada de *El Colombiano* el domingo 12 de mayo de ese año: “SOLO SE RECIBEN CASOS DE VIDA O MUERTE”. Letrero en mayúsculas sostenidas, en letras bastardas sobre una hoja tamaño carta, pegado a la entrada de Policlínica, el mayor centro de urgencias médicas de orden público de dicha necrópolis. “Aviso grave”, como rezaba el pie de foto del diario leer de los antioqueños, impulsado por la falta de recursos presupuestales que se traducían en hacinamiento, a la sazón se alojaban 180 pacientes en noventa camas, y en la carencia de elementos básicos: “No hay gasas, ni esparadrapos, ni antibióticos, ni suficientes instrumentos quirúrgicos”. Carencia que, por lo tanto, debía ser suplida por los pacientes: demanda desesperada que crearía su propia oferta salvaje en los alrededores de Policlínica: “Una especie de mercado negro, donde algunos aprovechan para especular con la venta de medicinas y material hospitalario”. Aviso grave que, paradójicamente, pronosticaría lo que iba a ser Policlínica a partir de 1986, año que inauguraría el homicidio como primera causa de muerte general en Medellín, esto es, un hospital de guerra. Policlínica como hospital de guerra, como masivo lugar de vida o muerte, omnipresente en la prensa nacional

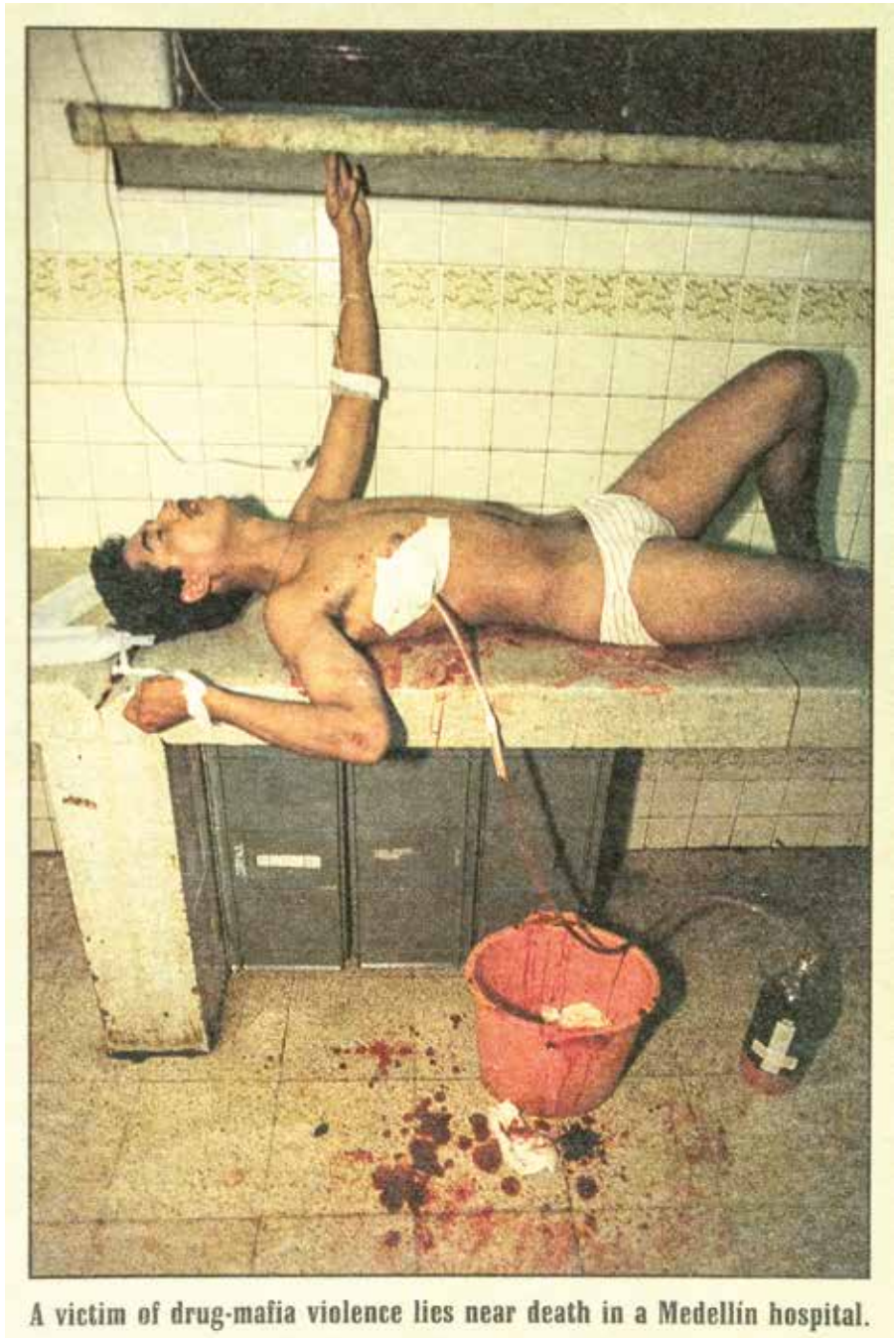
desde ese año de inflexión, pero también recurrente en otras representaciones alejadas de la inmediatez como el cine y la literatura. Así, en ese 1986, en cuyo último bimestre se filmaría *Rodrigo D*, una de sus secuencias desembocaría, precisamente, en urgencias del Hospital San Vicente, o sea en Policlínica: la del protagonista junto a otros tres figurantes acompañando a don Filiberto, quien tenía síntomas de derrame cerebral. Secuencia que terminaría con las siguientes palabras de Rodrigo, que darían a entender que un derrame cerebral en potencia no es suficiente para ser considerado un caso de vida o muerte en Policlínica: “Váyanse por aquí, derecho, y volteen allá, que yo creo que los atienden más ligero por ahí que por urgencias”. Secuencia un tanto inconexa que, sin embargo, un año después, en 1987, en el proceso de edición, no sería descartada de la película. Al año siguiente, en 1988, Policlínica haría su primera aparición en las bellas letras, en *Golosina de sal*, de Helí Ramírez, en un poema titulado *En el comercio de la suerte*. Allí, a través de doña Benilde, una anciana que, al quedar viuda, se vería en la necesidad de vender lotería, el finado Helí sugiere que hasta el azar encuentra la muerte en Policlínica: “En una pieza colectiva de Policlínica / doña Benilde para siempre / colgó el gancho en que ensartaba los billetes de lotería para la venta”.

Un año después, en 1989, en “Company Town”, un artículo de la revista *Rolling Stone* que sería amenazado de demanda por Juan Gómez Martínez, por entonces alcalde de Medellín, el autor, Howard Kohn, apuntaría esto acerca de Policlínica: “Cuarenta víctimas de disparos llegaron el día que estuve allí... Una joven, de unos veinticinco años, había ingresado con una herida de bala en la garganta unos días antes de que yo llegara a la ciudad. La trataron y le dieron una cama. A pesar de los guardias armados en la entrada principal y un puesto de centinela de la policía al otro lado de la calle, nadie detuvo a los dos sicarios que, con las armas en la mano, entraron unas horas más tarde y le dispararon de muerte mientras ella dormía”. Al año siguiente, 1990, se publicaría *No nacimos pa’ semilla*, de Alonso Salazar, una suerte de polifonía de los combos criminales de Medellín que giraría en torno a Toño, un sicario de la comuna nororiental, de veinte años, el mayor de muchos hermanos huérfanos de padre, quien, tras sufrir un atentado de Los Capuchos, un grupo de autodefensa, moriría lentamente en Policlínica: “Con voz tranquila empieza a contarme su vida, mirándose hacia adentro, como haciendo para él mismo un inventario”. El inventario iniciaría con la mala estrella de los trece muertos que llevaba encima. El 13 de mayo de ese mismo año, en “Esas son las cosas que te

da la vida”, kilométrica crónica de Juan José Hoyos acerca de *Rodrigo D* publicada por *El Tiempo*, se diría esto de Ramón Correa, coguionista y actor fallido de la película: “Hay un muchacho más que no apareció en *Rodrigo D*, pero que es fundamental en su historia. Se llama Ramón y también vive en Villa de Guadalupe. Según Víctor, él es el verdadero guionista de la película. Cuando empezó el rodaje, el muchacho estaba en la cárcel de Bellavista. Lo habían capturado en las puertas mismas de Policlínica, hasta donde se arriesgó a ir llevando en un taxi a un amigo moribundo. El amigo había sido herido a balazos durante un asalto a una tienda. Ramón fue interrogado por la policía y prefirió ser condenado como cómplice antes que delatar a su amigo”. Un año después, en 1991, un artículo titulado “Morir en Medellín”, publicado por la revista mexicana *Nexos*, empezaría en Policlínica: “En Medellín todo el mundo sabe que si te balcean, atropellan o apuñalan hay que ir a Policlínica, una clínica de urgencias a cargo del Hospital de San Vicente: los cirujanos e internos que atienden ahí las noches de fin de semana tienen una experiencia inigualada y la fama de hacer milagros. La vigilancia en la clínica es estricta; se han dado casos de asesinatos frustrados que fueron a rematar a sus víctimas a la sala de recuperación, así que ahora los guardias en la entrada se cercioran de que sólo entren los

heridos y sus acompañantes. Un sábado, a la medianoche, vi bajar de un taxi a un hombre al que la sangre se le filtraba por un gran hueco en el pelo. Aún podía caminar, y le tocaba hacerlo, porque la clínica no tiene camilleros para ayudar a los pacientes que ingresan, y aunque en menos de diez minutos vi cinco hombres gravemente heridos, no llegó una sola ambulancia”. Al año siguiente, en 1992, en una antología de narraciones recogidas por Rubén Darío Lotero en sus clases de español, titulada *Historias de la calle*, una de ellas expresaría que solo las promesas de corto plazo sobreviven en Policlínica: “En noviembre mataron a un amigo mío. Él me quería pero a mí solamente me gustaba. En toda la iglesia de San Blas le dieron tres balazos. Él no murió ahí mismo; alcanzó a llegar a Policlínica. Cuando estaba allá, yo llegué a tiempo y pude hallarlo vivo. Yo le dije que él no moriría. Pero me dijo que ya sentía la muerte, que le hiciera una promesa. ‘Pasaré tres años sin tener amigos especiales como tú’, le dije. ‘Tanto no; seis meses’, replicó. ‘Siquiera un año’, le pedí. ‘Está bien’, me dijo. Me quedé con él tres horas y por la noche falleció”. Un año después, en 1993, en *Mujeres de fuego*, libro de testimonios de milicianas y justicieras de Medellín, quedaría claro que, ante esa sangrienta ciudad, ni siquiera un aborto salido de madre era considerado caso de vida o muerte en Policlínica: “—Estoy embarazada del Bambino y no quiero tenerlo —me dijo. Nos recomendaron una señora de Lovaina que hacía abortos. La buscamos por la calle que lleva al cementerio de San Pedro, en una casa pintada de un color amarillo con las paredes roñosas. Nos abrió una señora de unos cuarenta años con un delantal de cocina. La hizo acostar en un cuarto oscuro, que hasta tenía telarañas, y le metió una tripa rosada por la vagina. —Sáquesela mañana y tendrá su problema solucionado. Al día siguiente Marcela me dijo que no tenía valor para sacarse la tripa. Nos metimos a una pieza y con los ojos cerrados se la saqué. Como a la media hora le empezó la hemorragia más hijueputa, le salían los troncos de sangre.

Pensé que se iba a morir y arranqué con ella para Policlínica pero no la quisieron atender. Le pedí a una patrulla de la policía que nos llevara a la clínica del CES, donde le hicieron el curetaje y le pararon el desangre”. Finalmente, un año después, en 1994, en *La virgen de los sicarios*, Policlínica sería mencionada cuatro veces, la última en una pesadilla del narrador en primera persona y protagonista de la novela, en la que le ruega a los médicos de turno que atiendan a Colombia, que salven a Colombia herida de muerte: “Mientras en las comunas seguía lloviendo y sus calles, ríos de sangre, seguían bajando con sus aguas de diluvio a teñir de rojo el resumidero de todos nuestros males, la laguna azul, en mi desierto apartamiento sin muebles y sin alma, solo, me estaba muriendo, rogándoles a los de Policlínica que le cosieran, como pudieran, aunque fuera con hilo corriente, a mi pobre Colombia el corazón. Luego entraba adonde el director a pedirle que mandara cerrar las puertas del hospital porque por todas partes venían a rematarla asesinos contratados, sicarios”. Posdata 1: También en 1994, en una columna de *El Tiempo* titulada “Lo perverso reina en los titulares”, Tom Quinn daría a entender de manera irónica que si en Policlínica no se atendieran solo casos de vida o muerte no sería la máquina de producir titulares que es. Posdata 2: Según el periódico de salud *El Pulso*, entre 1980 y 1984, o sea en los cuatro años anteriores a la aparición del letrero que adorna este artículo, Policlínica impondría el récord mundial de más operaciones de corazones heridos por causas violentas o, lo que es lo mismo, de más cirugías a corazón abierto por trauma, con un total de 1022 casos. “Mientras que un hospital de referencia en Estados Unidos atendió 711 casos en 20 años”. Posdata 3: Un año después de la aparición del letrero que adorna este artículo, o sea en 1986, según *El Pulso*, Policlínica “atendería en urgencias 46 000 consultas y 14 500 hospitalizaciones, por lo que casi todos los recursos se dedicarían a urgencias y traumas, y a reorganizar el servicio para convertirla poco a poco en un hospital de guerra”. ☹



Rolling Stone. Abril de 1989. Archivo personal.



actibienes
TRABAJAMOS CON PROPIEDAD

Todos nuestros sentidos orientados a tu bienestar

Bienes raíces • Consultoría jurídica • Miembros de La Lonja de propiedad raíz
© @actibienes | tel. (034) 250 30 11 | info@actibienes.com | Circular 74 #39-01 | www.actibienes.com

MAVU 02

30 AÑOS

DE CINE EN EL COLOMBO

El centro del cine alternativo en la ciudad.

Consulta la programación diaria:
www.colomboworld.com
204 04 04 ext. 1129 - 1047

@RevKinetoscopio /Kinetoscopioccm

KINETOSCOPIO

Colombo Americano MEDELLÍN

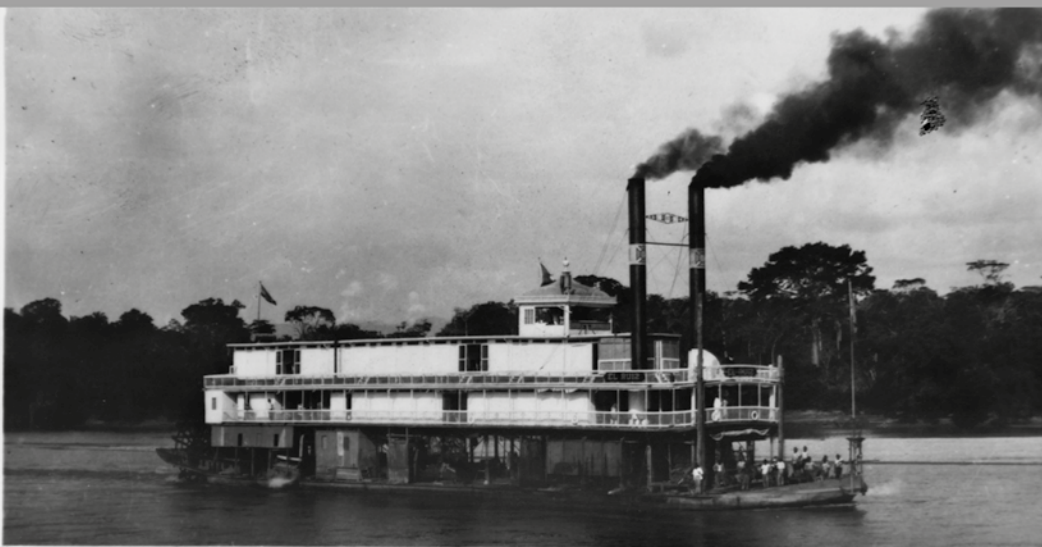
Nostalgias colectivas

Navegar en barco por el río Magdalena hace parte de nuestras nostalgias colectivas. En esas vidas que otros más afortunados viven por uno abundan las historias de alguien muy lejano que habitó este mundo hace mucho tiempo. Alguien que llegó no se sabe muy bien de dónde abordó de un vapor; un pasajero cargado con baúles y petates, o un vaporino, el nombre con el que en los puertos de la ribera llamaban a los marineros de agua dulce: a los marinos de río. Y aun para quienes no han oído jamás de boca de un pariente la historia de otro pariente más viejo que montaba en barco; aun para esos existen los relatos de García Márquez: los propios, de subir y bajar el Magdalena una vez cada año durante las vacaciones del liceo de Zipaquirá, o los que creó para su mitología, como el vapor del capítulo final en *El amor en los tiempos del cólera*.

Los vapores del Magdalena —como los ferrocarriles, que de solo nombrarlos despiertan nostalgias— hacen parte de nuestras quimeras más queridas. Pero durante un par de décadas, tal vez tres, fueron una realidad que podía tocarse con la mano. En 1920 se fundó en Medellín la Naviera Fluvial Colombiana, una empresa que llegó a tener una flotilla de vapores con nombres como Quindío o El Ruiz, los cuales viajaban de Barranquilla a Honda y viceversa —y algunos, dicen, llegaron a aventurarse aguas más arriba—. Los vapores de la Naviera eran rápidos y seguros, pero en especial, lujosos: además de camarotes con sabanas de algodón fino, agua corriente y ventiladores de aspas de lata, tenían salones de juego y comedores decorados con sillas de mimbre, bombillas eléctricas y hasta plantas vivas en los jarrones. Pero en algún momento entre las décadas de los cuarenta y los cincuenta el negocio dejó de ser próspero y se hundió, y los barcos de la Naviera solo siguieron navegando en las memorias de otros, abundantes pero a la vez turbias y barrosas, como las aguas del Magdalena.



Publicidad interior de barcos y edificio de la Naviera Colombiana. Francisco Mejía, 1942. Archivo fotográfico de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín.



NAVIERA COLOMBIANA
VIAJES MENSUALES DE TURISMO
Este servicio se presta en vapores super-expresos dotados confortablemente para viajes de placer.
Condiciones y facilidades especiales para los turistas.
Informes en
NAVIERA COLOMBIANA



LA COMEDIA
CAFÉ - RESTAURANTE
En Medellín desde 1986
Barrio Carlos E. Restrepo Carrera 64 # 51-60
En Santa Fe de Antioquia desde 2004
Plazuela Santa Bárbara, Calle 11 # 8-03
¡Y AHORA en Jericó!
Parque los Fundadores, Calle 10 # 4-31
Disfruta nuestro ABC Arte Bar y Cocina
@lacomediaabc



Due Amici
PIZZERIA
CAFÉ
Cll 49ª #64-58 | 230 56 02 | www.dueamici.co



LA CAMERATA
ORANGE
C.E.
Bar Restaurante
40 años de buena música y buena cocina artesanal / Tel: 3005059221
Barrio Carlos E. Restrepo



MÚSICA EN VIVO VIERNES Y SÁBADO
Cll 47 #42-48 Local 104
Torres de Bomboná
Tel. 2170489

MÚSICA EN VIVO VIERNES Y SÁBADO
MARTES DEL VINO
LUNES A DOMINGO
4 P.M. A 2 A.M.
CRA 43 #47-46 L. 127
TORRES DE BOMBONÁ



RAPSODIA

Nuestra comida es un acto de amor y sanación. Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA



Restaurante
EL ÁRBOL DE LA VIDA
Comida Natural
Carrera 64C # 48-188
Suramericana 5 local 101
Teléfono: 2302522

Desarrollamos la tradición italiana en un nuevo concepto de



GELATO



Ven y enamórate de nuestros sabores y encuentra Universo Centro en nuestra Casa Attimo.
Transv. 39 #73B - 60, Laureles, Medellín
@attimogelato - Tel: 363 55 50

El Túnel
BISTRÓ
COCINA TRADICIONAL, SALUDABLE Y CONSCIENTE
Carrera 42 # 54-62
Medellín, Colombia
Tel: (+574) 479 87 45
@eltunelbistro
eltunelbistro@gmail.com
www.eltunelbistro.com.co

PIZZERIA CENTRO
Martes a sábado de 4:30 a 11:00 p.m.
Calle 57 (Argentina) # 41-57
Reservas: 254 45 10



Orígenes
Tradiciones gastronómicas
LUNES A JUEVES
12:00 m a 9:00 pm
VIERNES Y SÁBADO
12:00 m a 10:00 pm
Torres de Bomboná
Cra 43# 47-64 L. 131



cinéfagos.net

cine colombiano, crítica de cine, comics, artes electrónicas,
artículos y ensayos, cuentos de cine, documentos

 /cinefagos.net  @cinefagosnet

EX
PEDI
CIONES

13^a

FIESTA DEL LIBRO Y LA CULTURA

Chile, país invitado

Septiembre 6 al 15

Zona Norte - Medellín

Entrada libre





CÓDIGO PULEP SKL439

@FiestaLibro

#CulturaCiudadana

www.fiestadellibroylacultura.com

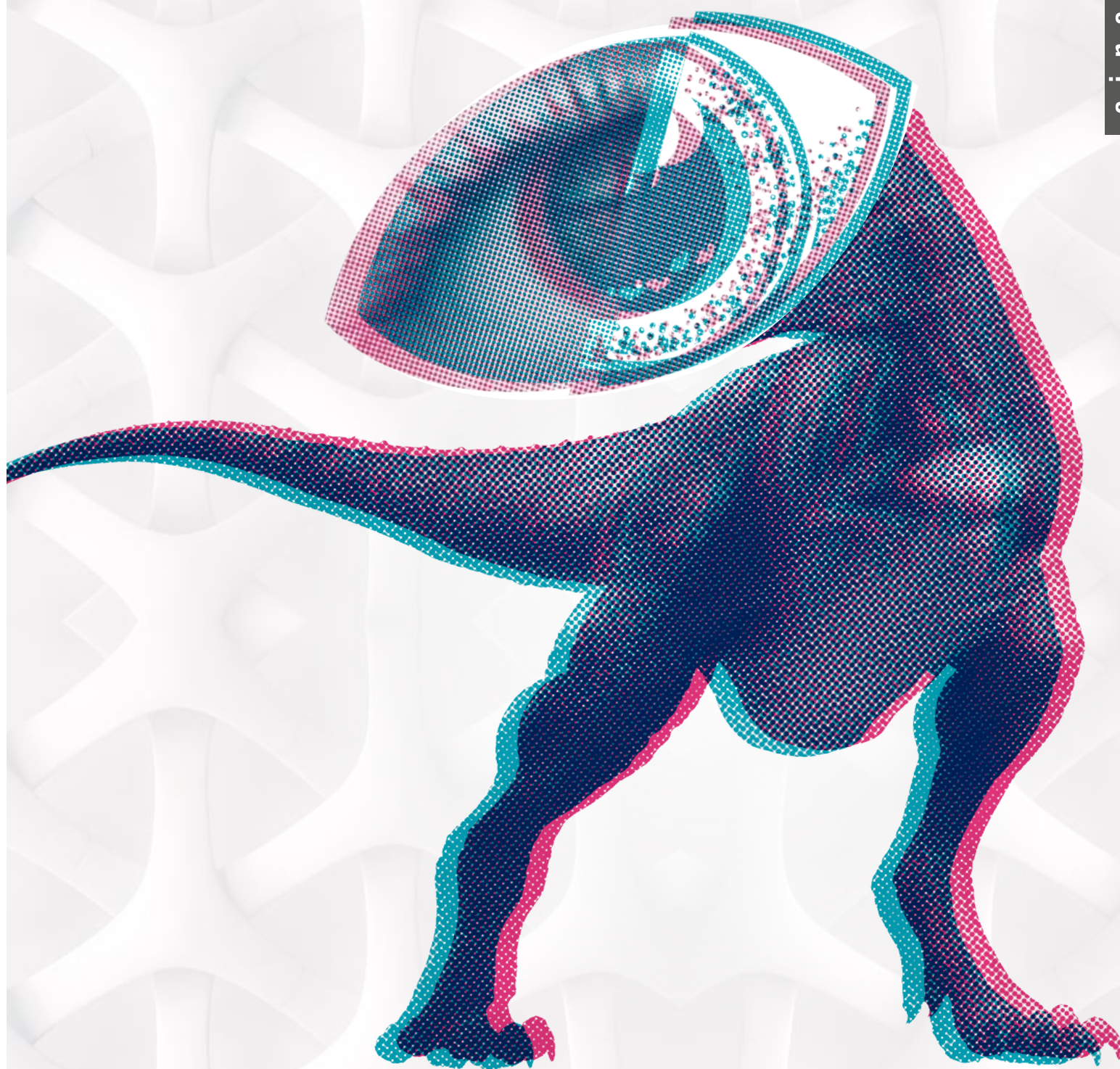
EN ASOCIO CON

bpp BIBLIOTECA
PÚBLICA
PILOTO

 **Alcaldía de Medellín**

Para ver y conversar

c i n e m a C O M F A M A



Cuando te sumerges en otra historia, sientes.

Todos los días beneficios en tus boletas en las salas del
Cinema Colombo Americano, si eres **afiliado a Comfama**.

TA

\$1.500

TB

\$3.000

TC

\$6.000



www.comfama.com



comfama

VIGILADO SuperSubsidio

Tarifas válidas para los afiliados a Comfama de acuerdo a su categoría salarial. Cada afiliado puede comprar una boleta con su documento de identidad. Indispensable presentar el documento original en las taquillas. Beneficio válido de lunes a domingo, excepto en muestras o festivales que el Colombo realice como parte de su programación especial. Beneficio sujeto a disponibilidad. Este descuento no es acumulable con otras promociones, ni redimible en dinero. Aplican condiciones y restricciones. Para mayor información comuníquese al 3607080.

*TA: Afiliados que devengan hasta \$1.656.322, TB: Afiliados que devengan entre \$1.656.323 hasta 3.312.464, TC: Afiliados que devengan más de \$3.312.465.